Tü natüjalakat wayuu

LO QUE SABEN LOS WAYUU

UTADEO
UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO

Tü natüjalakat wayuu

LO QUE SABEN LOS WAYUU

Autores Wayuu

Rafael Segundo Mercado Epieyuu
Gabriel Segundo Iguarán Montiel
Armando Custodio Wouliyuu Valbuena
Francisco Ipuana López
Elder Rafael Pérez Ballesteros
Francisca Elena Iguarán Montiel
Rusvelt Trinidad Machado Uriana
Eliel de Jesús Castillo López
Vito Apüshana (Miguel Ángel López Hernández)

Autores Utadeo

Alberto Saldarriaga Roa
Leonardo Otálora Cotrino
Guillermo López Acevedo
Carolina Sáchica Moreno

Autores Invitados

Fernando Urbina Rangel (Presentación del libro)
María Fernanda Acosta Convers

UTADEO
UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO
FACULTAD DE ARTES Y DISEÑO

Bogotá D. C. 2016

Dedicatoria

Dedicamos este libro al pueblo *wayuu*,
Especialmente a las nuevas generaciones,
Quienes tienen por misión salvaguardar
Las palabras de sus abuelos,
Para hacerlas acto.

Agradecimientos

Expresamos nuestra gratitud a los amigos *wayuu*, sin los cuales este libro no hubiera sido posible. Fueron ellos quienes le insuflaron el soplo sagrado y la veta poética; por cuanto en virtud de su experiencia, del conocimiento profundo de la realidad de su territorio y de sus gentes, de su atenta observancia de la sabiduría de sus ancestros y de su capacidad de leer la complejidad del presente para adaptarse al mañana, finalmente le dieron el aura que lo mantendrá vivo en la memoria de su pueblo.

Así mismo extendemos nuestro agradecimiento a Christian Schrader Valencia por poner la semilla en la tierra e invitarnos a cuidarla, a los fotógrafos, a los profesores y especialistas que aportaron sus conocimientos condensados en los artículos aquí presentes, y a la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano por abrirnos este espacio alegre de creación.

Tü natüjalakat wayuu = lo que saben los wayuu / editores académicos Leonardo Otálora Cotrino, Guillermo López Acevedo; María Fernanda Acosta Convers … [*et al*.]. – Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Facultad de Artes y Diseño. Programa Publicidad, 2016.
248 p. : il. col., fot. ; 30x28.5 cm.

ISBN 978-958-725-199-9

1. WAYUU. II. INDÍGENAS DE COLOMBIA - VIDA SOCIAL Y COSTUMBRES. I. O ino, Leonardo, ed. II. López Acevedo Guillermo, ed. III. Acosta Convers, María Fernanda.

CDD986.100498

Esta publicación y el Documental Guajira Viva, son producto del Proyecto de investigación–creación *Alma de la Tierra* en su sexta versión, el cual fue auspiciado por la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano y el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible y con la colaboración de Parques Nacionales Naturales de Colombia. Desde sus inicios, los encuentros de *Alma de la Tierra* han sido liderados por el Director de la Escuela de Publicidad, el Doctor Christian Schrader Valencia.

©Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano
Carrera 4 Nº 22-61 – PBX: 242 7030 – www.utadeo.edu.co

ISBN: 978-958-725-199-9

Rectora
Cecilia María Vélez White

Vicerrectora Académica
Margarita María Peña Borrero

Vicerrectora Administrativa
Nohemy Arias Otero

Decano de la Facultad de Artes y Diseño
Alberto Saldarriaga Roa

Director de la Escuela de Publicidad
Christian Schrader Valencia

Director del Programa de Publicidad
José Polanco Contreras

Jefe de Publicaciones
Daniel Mauricio Blanco Betancourt

Revisión de textos
Leonardo Montenegro Martínez

Concepto gráfico, diseño y diagramación
Luis Carlos Celis Calderón

Retoque fotográfico
Luis Carlos Celis Calderón

Revisión editorial
Mary Lidia Molina Bernal

Impresión
Panamericana Formas e Impresos S. A.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita de la Universidad.
Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Editores
Leonardo Otálora Cotrino
Guillermo López Acevedo

Selección y clasificación fotográfica
Carlos Alberto Santacruz Londoño
Leonardo Otálora Cotrino

Coordinación del equipo editorial
Javier Enrique Posso Jiménez

Diseño e ilustración portada
José Fernando Castillo Sierra

Foto portada
María Fernanda Acosta Convers

Foto guardas
Judy Milena Polania Alfonso

Fotógrafos
María Fernanda Acosta Convers
Vivianna Gomez Nieto
Carol Andrea Vásquez Restrepo
Judy Milena Polania Alfonso
Guillermo Camargo Maestre
Álvaro Osmani Moreno Niampira
Diego Alejandro Pérez Morales
Ana María Monzón Duarte
María Durier Martínez
Sara Vega Mateus
Juan Pablo Rodríguez Cortés

Contenido

Presentación **9**

PARTE I
Tü una'apükat wamüin pülasü ***27***
La naturaleza es sagrada para nosotros

Alma de la tierra *wayuu*: una crónica de viaje **31**
Leonardo Otálora Cotrino

Lo sagrado **66**
Naturaleza **74**

PARTE II
We'iise: Shia kama'anaka sümaa jalejeekualin waya ***89***
Nuestro territorio ancestral: el lugar de la memoria

La Guajira, territorio ancestral del pueblo *wayuu* **93**
María Fernanda Acosta Convers

Territorio **108**
Conocimiento ancestral **120**

La vivienda de los *wayuu*: del territorio a la ranchería **131**
Alberto Saldarriaga Roa

Comunidad **148**
Memoria **154**

Ayulaa, la exhumación de los restos. Segundo velorio *wayuu* **173**
María Fernanda Acosta Convers

PARTE III
Piichipala: eere shi'inanajünün pütchi ***179***
La comunidad: donde se tejen los hilos de la palabra

La cultura como tejido y espacio de sacralidad entre los *wayuu* **183**
Guillermo López Acevedo

Tejido **200**
La palabra **214**
Las medidas cautelares de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos Una luz de esperanza para el pueblo *wayuu* **223**
Carolina Sáchica Moreno

Resistencia **238**

Presentación

Cuando se me propuso hacer la introducción de este libro, lo primero que se me ocurrió fue preguntarme, ¿y qué sé yo de la Guajira? El diálogo que siguió, precedido del aprecio y confianza que le tengo al profesor Otálora, me llevó a condicionar la respuesta al resultado de una primera lectura de los artículos pertinentes.

Antes de iniciar la revisión formal tomé un papel y escribí unos cuantos títulos tratando de establecer algún orden en el tumulto de recuerdos: infancia, el colegio, la universidad, una novia, unas lecturas, unas charlas con el arqueólogo Ardila, un viaje, unos recitales de poesía, unos encuentros con estudiantes indígenas, unas publicaciones y, finalmente, un cúmulo de noticias trágicas en la radio, la televisión y la prensa escrita.

Y lo más remoto llegó en la figura paterna y en un diálogo indeleble de los muchos que sostuvimos sobre historia. Hablábamos de Bolívar, de quien me contaba que en su paso por la Guajira, y en su posterior travesía por el Norte de Santander, alguno de los soldados reclutados en esa península habían dejado semilla por estos lados, y que de ahí procedíamos los Urbinas. Los rasgos, mucho más acusados en él –así lo aludía mi madre– eran un testimonio de ese antecedente genético, por supuesto, complementado con ADN barí, chitarero, español y, en mi caso, un cuarto de italiano por el lado materno, muy *natural,* por cierto. Pero esa charla derivó hacia otro asunto: los caballos de Bolívar. Uno de ellos era el famoso Palomo; otro, menos conocido, se llamaba Guajiro y se lo habían regalado en esa tierra de dunas y trupillos. Le dije que cuando yo tuviera un caballo en la finca de nuestra familia (extensa), le pondría ese nombre. Me alegó que eso se podría demorar, que por lo pronto me tendría que conformar con Lupia –mi caballito de madera–, pero que de encime me iba a regalar un chivo, para que lo pastoreara en los lotes vecinos montando mi incansable cabalgadura, que al fin de cuentas eso era lo que más hacían nuestros antepasados guajiros.

Desde ese año vivíamos en Cúcuta. Uno de los años más trágicos en la luctuosa historia de Colombia, 1948, cuando mataron la más grande esperanza entre las muchas que han asesinado en nuestra sufrida patria. Veníamos desplazados de Pamplona donde la violencia bipartidista hacía de las suyas. Éramos seguidores del trapo rojo, y Pamplona era un fortín mojigato y azul hasta los tuétanos. Nuestra casa en Cúcuta estaba en un barrio nuevo y había mucho lote vacío lleno de malezas, ideales para que pastara un chivo. Lo triste vino el día en que sacrificaron al cabrito. Mientras con una mano daba cuenta del plato preferido de los cucuteños, con la otra me enjugaba el llanto y me sonaba los mocos. Quizás por eso la mención de la Guajira me trae ese estado de ánimo contradictorio.

Los sentimientos opuestos no quedaron allí; aumentaron. Cuando cursaba interno tercero o cuarto de bachillerato en el Colegio Provincial de Pamplona, el Hermano Gilberto Fabián, rector del plantel, se nos apareció un Primer Viernes con un personaje extraño. Cada mes, en ese día se repartían las calificaciones, en el aula máxima, y luego, a quienes nos lo merecíamos entre los internos, nos daban permiso para desplazarnos a nuestras casas en los pueblos vecinos. Era un acto un tanto solemne. El Rector siempre se dirigía a todo el plantel proponiendo algún tema educativo de la mayor importancia. En esa ocasión reemplazó su sabrosa charla presentándonos a un príncipe guajiro, quien nos iba a ilustrar sobre aspectos de su gran cultura. La situación causó revuelo. Los únicos indígenas que yo había visto eran unos que trajeron enjaulados a la plaza de mercado de Pamplona. Los tenía un vendedor de "específicos", nombre dado a los medicamentos aborígenes. Recuerdo que cuando le conté a él, el asunto a la hora del almuerzo, le dio un rabionón justiciero de marca mayor (era magistrado), y se fue a quejarse al alcalde y al obispo para que intervinieran en el asunto. Además de la desapacible mirada de los enjaulados que se me grabó como fuego, había visto otros indígenas, los tunebos (u'was) cuando iban al mercado a vendar sus preciosas mochilas de pita; mi madre me compró una; en ella terminé guardando mis canicas. Pero hora se trataba de nada menos que de conocer y oír a un príncipe indígena.

El personaje, que caminaba con una afectada solemnidad, inició su charla describiendo el paisaje guajiro, se centró luego en la cuestión del pastoreo y en cómo los niños varones, en lugar de estar estudiando en libros, iban poco a poco asumiendo sus responsabilidades, conduciendo el ganado, cuidándolo ya no sólo de las fieras que pudieran atacarlo sino de los bandidos de otras tribus que pretendieran robarlos. Que para eso se entrenaban en el uso de las armas desde edad muy temprana y oían de sus mayores lo que era necesario saber para manejar el mundo. Eso a mí me sonaba a mieles pues por tradición familiar estaba acostumbrado a ver armas en mi casa y luego en las fincas familiares –indispensables para la defensa familiar en esa guerra civil colombiana que no ha cesado desde la invasión española–; bien pronto había aprendido a manejarlas.

El grueso de la charla del príncipe guajiro recayó sobre la ceremonia de consagración (¿coronación?) por la que había pasado hacía unos pocos años. Se extendió en el asunto enumerando las delegaciones de las diferentes etnias indígenas que habían mandado sus representantes a tan importante evento: concurrieron los aguerridos motilones (barís), los enanos yukpas, los etes, los solemnes kogis, los wiwas, los arhuacos, los kankuamos, pero la delegación más importante era la enviada por los guajiros asentados en Venezuela; al fin y al cabo ellos no conocían fronteras; las que impusieron los *blancos* cuando buscaron vencerlos y apropiarse de sus tierras sin lograrlo del todo. Toda esa concurrencia asistía con sus mejores galas, descollando los atuendos confeccionados con la más fina plumaria y con pieles de animales salvajes, destacándose aquellos que para ataviarse habían cazado los guerreros en solitario, tales como pumas, osos y jaguares; lucirlos era testimonio de su valentía.

Cuando, tímidamente ante tanta solemnidad, levanté mi mano para preguntar si una persona no indígena podía asistir a tal ceremonia, respondió –acompañando sus palabras de una mirada en que me asignaba el papel de piojo– que sí podría, pero de incógnito, y que de ser descubierto eso me costaría la piel. Sentí un espasmo guajiro que recorrió toda mi columna vertebral.

También se detuvo en enumerar y describir una serie de utensilios propios de su cultura. Se remansó en una serie de comentarios sobre la hechura de poderosos arcos de larguísimo alcance y de los diversos tipos de flechas

que se especializaban según sus usos en las guerras o en la caza, y cuya mayor efectividad la lograban cuando iban a galope tendido. Esa noticia me fue especialmente sensible toda vez que desde la más temprana infancia trajiné con la arquería, arte en el que he logrado cierta solvencia en su hechura y en su práctica, lo que me ha permitido romper distancias con las comunidades indígenas en que aún se manejan estas armas. Cuando se le preguntó si no utilizaban armas de fuego fue enfático en responder que siempre les habían bastado sus armas tradicionales para contener a los *blancos,* desde los españoles hasta los de ahora. Pero fue un utensilio insólito el que captó más poderosamente mi atención: una bocina portátil, según su descripción, confeccionada de tal manera que la voz apenas susurrada en la boquilla se iba agrandando y agrandando hasta resonar muy fuerte hasta 200 metros de distancia, y decrecer su potencia rápidamente a partir de ahí. Kantuta era su nombre. Sólo se hacía con materiales vegetales y en su ingeniería, por supuesto, no figuraba ningún chisme eléctrico.

Recuerdo haber salido alelado de esa charla que me abría el horizonte de muchas posibles aventuras, aún eran factibles en la Colombia ignorada, acicateadas con todo lo que había leído y visto ya sobre la sagas fronterizas del salvaje oeste norteamericano, lecturas debidas a la deplorable pluma de M.L. Estefanía, en las que según cuentas que hice en el casi centenar de novelitas de su autoría que logré leer, ese territorio gringo había quedado despoblado por la matazón que hacía en cada una de ellas. Por supuesto estaban obras bien respetables como los imperecederos clásicos de Fenimore Cooper y Karl May.

La gran ilusión duró poco. De regreso de ese puente de final de mes, abordé al Hno. Miguel con el tema del famoso príncipe guajiro. Ni corto ni perezoso me fue bajando de la nube: él estaba seguro que era un estafador que había timado a nuestro ingenuo rector, y su percepción venía de haber charlado con misioneros que habían estado cumpliendo su "encomiable" labor evangélica entre los indígenas de la península de la Guajira, desde hacía más de medio siglo y nada habían dicho nunca ni de príncipes ni de reyes ni de transmisiones de mando y ceremonias ni aparatos de esa laya. Obviamente quedé con dudas. De nuevo los sentimientos contrapuestos entre la maravilla y la desilusión.

Ya en la universidad como estudiante de Filosofía el asunto de la Guajira tomó un rumbo indirecto e insólito. Mi primer maestro fue el profesor Rafael Carrillo Lúquez, nacido en Atánquez, si bien su familia provenía de la península, y pienso que dada su ideología hubiera querido nacer en la Selva Negra, cerca de su maestro Heidegger y no en la vecindad de los mamos kankuamos. Como uno de los primeros impulsores de la Filosofía Moderna en Colombia entró directo y al grano desde su primera clase. La exigente disciplina había surgido del *logos* en su oposición al *mithos,* vieja polémica no resuelta, una de cuyas vertientes desemboca en la tesis eurocéntrica, racista y colonialista del "milagro griego". Esta doctrina plantea que la Filosofía no tiene antecedentes que la endeuden con el Creciente Fértil, de donde se salió del neolítico y se entró a la civilización, ni del Antiguo Egipto, cuyo influjo en el quehacer filosófico reconocían los propios pensadores griegos del período clásico. No quedé muy convencido con las excluyentes fórmulas del filósofo de Atánquez dado que mis lecturas de bachillerato, por un lado, y mi expresa afición a la mitología clásica ya me permitían entrever que los mitos eran cosa más seria que simples "cuentos de viejas", y que en ellos aparecían claramente los grandes problemas de los cuales se van a hacer cargo los primeros filósofos griegos, los llamados presocráticos. El asunto se tornó más interesante cuando ese mismo primer día de clase el profesor Antelo empezó a desplegar ante sus alumnos las maravillas de las civilizaciones orientales. Desde ese lejano primer semestre decidí que uno de mis temas centrales sería de ahí en adelante el del origen de las Primeras Filosofías,

lo que llevó ineludiblemente a asomarme, primero, a los filósofos del este y más tarde, ampliando el espectro, al Pensamiento Abayayalense[1], tema en el que me encuentro inmerso hoy día. Sólo tuve una referencia luminosa al mundo indígena en ese primer año de mis estudios profesionales. El profesor Guisletti, nuestro maestro de griego, había recorrido en plan etnográfico el territorio de los U'wa en el Norte de Santander. Durante unos minutos se refirió a esa exploración y nos exhortó a que nosotros como colombianos teníamos la obligación de estudiar, rescatar y divulgar los acervos sapienciales de las comunidades indígenas. Fue una voz solitaria en el concierto de todos mis maestros que ni siquiera en Literatura se atrevían a plantear la posibilidad de unas altas realizaciones por parte de los aborígenes.

Terminados mis estudios básicos –febrero, 1963– y recién nombrado en el cuerpo docente de la Facultad de Filosofía, Letras y Humanidades –marzo de 1963– me dediqué a estudiar cuanta materia suelta se dictaba en la Universidad para complementar mi formación académica. No había cómo estudiar Antropología formalmente. En 1965, como asistente a la clase de Prehistoria de América, y haciendo parte del grupo de estudiantes bajo la dirección del profesor Lucena, hice mi primer trabajo de campo entre indígenas: los kofanes del río Guamués. De ahí en adelante, cerca de 40 expediciones me han llevado a contactar en plan de estudio alrededor de 16 comunidades indígenas colombianas. Fueron experiencias que nutrieron mis cursos universitarios, sobre todo los dedicados al pensamiento indígena en dos de sus grandes vertientes, la mitología y el arte rupestre. Parte de ello ha ido quedando consignado en artículos, libros, exposiciones fotográficas, programas de radio, televisión y, finalmente cine. Tal trabajo resultó gratificante: logré "contaminar" a no menos de 10 estudiantes que resolvieron continuar esta maravillosa senda; un 1x1.000 de quienes pasaron por mis cursos. Sin embargo, me da mucho pesar –de nuevo los sentimientos encontrados– que la cátedra abierta (curso de extensión) sobre Pensamiento Indígena que mantuve durante muchos años y con diversas modalidades en el Departamento de Filosofía, no se haya podido continuar luego de mi jubilación. Resulta una falta de sindéresis que en la universidad más representativa de Colombia no haya cabida para una cátedra formal ni de Pensamiento Indígena ni de Literaturas Vernáculas.

El docente que pensaba reemplazarme en la continuación de dicha cátedra, Franklin Giovanni Púa, quien se había graduado en Filosofía (Universidad Nacional) con tesis sobre la Ética de los *uitotos* y con posterior maestría en Filosofía Latinoamericana (Cuba), recibió un tajante no por parte del director del Departamento de Filosofía. Alegaba el excluyente filósofo que "eso del pensamiento indígena, la pretendida Filosofía Latinoamericana y las literaturas vernáculas eran algo sin consistencia, algo *gaseoso* [amables lectores: tengan bien en cuenta esta palabra]". La misma semana en que se fijó tal criterio excluyente, el director del Departamento de Física de la misma universidad, me llama para pedirme que dicte la primera conferencia (después de la inaugural) en la cátedra Manuel Ancízar que, en ese semestre, iba a estar dedicada a Einstein, conmemorando los 100 años de los cinco famosos artículos con los que revolucionó el Pensar… no sólo el que está en la base de la Física como disciplina científica de vanguardia. Proponía que mi conferencia fuera una parecida a la que él, siendo estudiante primíparo me había escuchado en el curso de

1 Abya-Yala es una expresión proveniente de los Kunas (Tules) para referirse a aquello que en forma arbitraria se llamó América. Significa *Tierra·en·plena·madurez*; sentido que contrasta especialmente con la socorrida fórmula de *Nuevo Mundo*, esa que idearon los europeos para declarar que aquí la historia comenzaba con su tardío arribo. Ya la teníamos y bien larga, a partir de los verdaderos descubridores, los paleoindios, suficiente para haber decantado extraordinarios avances civilizatorios que destruyó en su petulante ignorancia el codicioso invasor.

Humanidades que dictara en su carrera de Física hacía cerca de cuatro décadas. Allí, acomodando mi enseñanza a las necesidades de cada carrera, había desarrollado el tema de las cosmologías y cosmogonías arcaicas. Una de ellas fue la propia de los guajiros (hoy, wayuus), otra la de los kogis, amén de la muisca y algunas amazónicas. Insistí en las provenientes de la península y de la Sierra Nevada de Santa Marta por tratarse de procesos de desenvolvimiento del cosmos desde una expresa matriz femenina. Esto es propio de sociedades o bien con fuertes factores matriarcales presentes aún, o bien referidos a un comienzo que luego, en alguna etapa de la evolución cultural es alterado (toda cultura cambia), para conferirle mayor importancia práctica al varón, como es el caso de la sociedad wayuu. Mi conferencia en el ciclo dedicado a Einstein tocó estos temas.

Aparte de las razones profundas que se puedan aducir para fundamentar por qué desde la física de vanguardia sí se le da cabida a las cosmologías míticas en el desenvolvimiento histórico de la disciplina, mientras que los maestros de filosofía y literatura las excluyen, hay una razón impajaritable: es que los gases son de suma importancia para los físicos.

La enseñanza de todas las disciplinas en Colombia deberían comenzar por los elementos provenientes del pensar aborigen. Es la forma de hacer patria desde la raíz misma, reconociendo el aporte de sus luminosas y bellas intuiciones que enriquecen el corpus de las ciencias.

De mis primeras épocas como docente vienen varias lecturas, entre las cuales me llegan los ramalazos dispersos de algunas páginas memorables de la sensorial experiencia guajira de Eduardo Zalamea Borda y sus referencias a las guerras entre clanes, amén de otros novelistas entre ellos, si mal no recuerdo, algún venezolano que narraba cómo aún en pleno siglo XX "se vendían mantas guajiras", modo eufemístico de referirse a la venta de las gentes que iban debajo de estas vestiduras.

Una decidida inflexión en la posibilidad de acceso fácil a obras literarias de proveniencia indígena, tiene lugar en el año de 1976 cuando La Casa de las Américas (Cuba) premia la obra de Hugo Niño *Primitivos relatos contados otra vez*. Y digo inflexión, porque cuatro años antes por encargo de Fernando Garavito, quien trabajaba en ese momento en Colcultura, se me había encomendado la edición de una antología de mitos de los murui-muina (uitotos). Salido Garavito, al presentar lo encargado para su publicación se me dijo que ese tipo de obra no tenía cabida en la colección de Cultura Popular que se estaba editando. Tal parece que el sonado premio otorgado por Cuba hizo que las autoridades colombianas cayeran en la cuenta que ese tipo de obra era fundamental. Lo cierto es que la obra de Niño se reedita en rústica en la Colección Popular que desde entonces ha estado presente en buena parte de las bibliotecas públicas y escolares del país. Para 1978, y a cargo del mismo Niño como editor, Colcultura lanza el volumen Nº 39 de su Biblioteca Básica Colombiana: *Literatura de Colombia Aborigen*, reconociendo con esta obra de modo pleno el derecho que tienen nuestras culturas indígenas a figurar con sobrada razón en tal tipo de colecciones. La acogida entre el público fue plena: en dos meses se agotó la edición, prueba del sentido vacío que venía a ocupar. En ese libro, haciendo compañía a una muestra de creaciones provenientes de otras 12 etnias indígenas y de grupos de afrodescendientes, aparecen 15 relatos de los indígenas wayuu que habían sido reseñados por el antropólogo Milcíades Chávez. Tuve el honor de participar en tal obra con dos relatos que había reseñado entre los embera (1973) y los murui-muina (1978).

De vez en cuando la Guajira se hacía presente. Ocurrió cuando tuve en mis manos el libro de Nina Sánchez de Friedemann y Jaime Arocha, *Herederos del jaguar y la anaconda,* en la edición en gran formato de Valencia Editores (1981). Participé con varias fotos y con datos puntuales para la sección dedicada a los emberás. El capítulo final está dedicado a los "Guajiros – Amos de la arrogancia y del cacto". Libro que se hizo extraordinario en la fácil y elegante pluma de dos autores que supieron entender que es necesario escribir en forma entendible y bella para lograr impacto no en los especialistas que son los que leen –¡y eso!– la intrincada jerga antropológica, sino en públicos amplios que esperan obras como esta para asomarse a algo que la educación oficial ha escamoteado sistemáticamente: las raíces indígenas de la patria, algunos de cuyos representantes aún persisten en sus bellas y profundas tradiciones y florecen desde ellas.

En el Departamento de Farmacia tuve la oportunidad de desarrollar durante una década mi curso de *Mito y Farmacopea Indígena*. El fruto fueron dos tesis de grado que codirigimos con la profesora Blanca Meneces; el tema fue el estudio de una variedad de yagé, el enteógeno amazónico. Pero el mayor fruto fue una novia guajira, que lo fue luego de cambiar de carrera. En mi ya larga vida aún conservo su imagen como el referente indestronable de la hermosura, unida el exotismo y sensualidad, de una sangre que ha dado algunas de las más extraordinarias representantes de la belleza colombiana. Noches inolvidables en un campamento guajiro a cielo abierto en que sus ojos reflejaran la noche estrellada.

De 1983 a 1986 la antropóloga Gloria Triana nos entregó lo que hasta ahora es la serie de televisión más memorable en la etnografía del país: *Yuruparí*. Algunos de sus episodios versaron sobre la Guajira. Suelo rememorar la sabrosa anécdota que nos contara cuando se le ocurrió, en una reunión de notables guajiros, plantear el tema del pago que ha de darse en semovientes por la novia que se pide en matrimonio, en orden a sellar la alianza entre clanes. En un determinado momento se le antojó preguntarle a uno de ellos cuántas vacas, cabras, caballos y burros daría por ella. El padrote, que ya contaba con un nutrido harén disperso en varias rancherías, mirándola con desprecio por encima del hombro le había respondido: –Por ahí unas tres cabras–. La verdad es que yo hubiera dado, de tenerlos, todos mis rebaños.

Y luego ocurrió mi viaje de 1987. Con Fe, mi primera esposa, empacamos los tres hijos y nos fuimos en nuestro podereso Carpati, piloteado por el mecánico de siempre, don Rodríguez, hasta la península. Íbamos precedidos de las amables y efectivas intermediaciones del arqueólogo Gerardo Ardila, quien había adelantado investigaciones en la Guajira donde había dejado entrañables contactos. Las fotografías que realicé de las piezas recuperadas en sus excavaciones para ilustrar su obra, permitieron familiarizarme un tanto con la prehistoria de la región. Fue un viaje de maravilla en muchos aspectos: el paisaje alucinante, la franca hospitalidad en las rancherías que visitamos, algunas prácticas de arquería cazando conejos, lo fácil que es obtener buenas fotografías en esa luz que tiene todos los colores y, algo muy especial, el haber podido contactar a los Urbinas de allá, quienes nos acogieron como a unos de los suyos.

La poesía Guajira vino después y llegó poderosamente. Fue Miguel Rocha quien organizó un primer encuentro de poesía indígena en la Universidad Nacional a comienzos del segundo milenio de nuestra era. Allí pude conocer personalmente a tres poetas colombianos que componían sus versos en sus respectivas lenguas vernáculas y le ofrendaban al público general sus propias traducciones. Participé en ese encuentro leyendo algunos de mis poemas, esos que he compuesto a partir de mis vivencias con el mundo indígena, con la gran filosofía y literatura vernácula

que venía reseñando, meditando y transmitiendo como tarea central de mi labor académica. Ya no sé –ni me interesa distinguirlo– qué hay de mío personal y qué de esa profunda veta en mis poemas.

Entrar en la maravilla de la poesía contemporánea indígena de la mano de Vito Apushana, Hugo Jamioy, Fredy Chikangana y Yenny Andoke, Anastacia Candre y tantos otros, fue sentir que ya no era sólo esperanza y utopía que ellos mismos en Colombia se hicieran cargo sistemáticamente de continuar la creación de obra, interrumpida en buena parte por la avalancha etnocida de Occidente. Y fue de nuevo Rocha quien con su minucioso trabajo de compilador y estudioso de literaturas vernáculas me empezó a suministrar las antologías pertinentes y a invitarme a sus grupos de trabajo en la Universidad Externado de Colombia, conformados por estudiantes indígenas, varios de ellos de origen wayuu. Entre los muchos escritos del mayor conocedor de nuestras literaturas aborígenes figura aquella por la que se hizo merecedor en el año 2009 del Premio Nacional de Investigaciones: *Palabras mayores, palabras vivas: tradiciones mítico literarias y escritores indígenas en Colombia*.

Y llegamos al año 2010. Retomando lo ya propuesto con la obra antológica dirigida por Hugo Niño y publicada 32 años antes, el Ministerio de Cultura acomete la creación de dos colecciones: la Biblioteca de Literatura Afrocolombiana y la Biblioteca Básica de los Pueblos Indígenas de Colombia; cuentan con 18 volúmenes la una y 8 volúmenes la otra, respectivamente[2]. En la segunda colección, los dos libros más voluminosos (un total de 1.506 páginas), a cargo de Miguel Rocha Vivas –el estudioso más conspicuo para acometer esta exigente tarea– las conforman dos antologías de obras de indígenas de los Andes y la Sierra Nevada de Santa Marta, la primera, y la segunda, de quienes habitan las regiones del Atlántico, el Pacífico y la Serranía del Perijá. En esta última la tercera parte está dedicada a los wayuu con un total de 240 páginas. Pero además, como libro independiente y en edición bilingüe (wayunaiki-español) figura en dicha Biblioteca el precioso conjunto de poemas de Vito Apushana *En las honduras maternas de la piel,* cuyos versos, por haber sido utilizados profusamente en el libro que nos ocupa ahora, nos servirán de camino luminoso para adentrarnos en él.

***

El texto con el que nos sorprende este año la Universidad Jorge Tadeo Lozano está dedicado a la Guajira. Es un tejido armonioso que con hilos de diversos colores –los estilos de cada escritor– van armando la tela de la vida wayuu. Al final de cada uno de los artículos de los investigadores que se le midieron a tan delicada tarea, como joyas entramadas, se destacan los poemas y los textos de los escritores wayuu, muestras de la alta estética y profundidad en que hoy florece la oralidad ancestral.

Toda la belleza consistente de los textos resulta más contrastante con la cruel realidad que vive la población wayuu en un departamento cuya administración ha resultado la más plagada de corrupción en el concierto nacional. Un inveterado desgreño que en este caso resultó directamente etnocida al atentar contra lo más preciado de la etnia: su infancia, en donde reposa la esperanza de continuar perviviendo y aquilatándose como cultura propia dentro de este polifacético mosaico que es nuestra patria. Pero ese contraste no viene desde fuera. Es denunciado valientemente tanto por la crítica académica de los articulistas, como por el poema y la prosa de los portadores de

2 La totalidad de las obras que conforman estas dos Bibliotecas pueden ser leídas en el sistema virtual del Ministerio de Cultura y de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República.

la palabra wayuu, puentes que al haber asimilado a fondo la lengua de los invasores, permiten a los colombianos adentrarse, directamente, sin intermediarios en lo más diáfano de la estética y reflexión aborigen.

El libro comienza con un viaje, uno de esos en que el espacio y el tiempo se curvan para llevarnos a nuestros propios orígenes. Otálora describe su nueva experiencia integrando uno de los dos grupos en que se dividió la expedición de la Universidad Jorge Tadeo Lozano al territorio de la Guajira. Con ello la Universidad agrega otro libro más a la serie de obras que se ha propuesto lanzar y que continúan los pasos de las más famosas y útiles aventuras intelectuales que ha acometido el país: La Expedición Botánica, comandada por Mutis, –en la que participara el personaje cuyo nombre ostenta la institución educativa–, y la Comisión Corográfica dirigida por Codazzi y en donde actuara Ancízar, quien fuera en 1867 el primer rector de la Universidad Nacional de Colombia.

Otálora como buen filósofo se asombra, recuerda, analiza, contrasta y pone el dedo en la llaga. Avanza por un territorio acompañado de las imágenes y vivencias que ya había empezado a atesorar desde hace más de un cuarto de siglo antes. Va al fondo y nos entrega la actitud de una etnia que asediada por la implacable civilización del lucro y del derroche excluyente de sus élites, se planta aún y resiste desde sus tradiciones empotradas en un territorio que no ha permitido avasallar del todo. Pero el peligro que corre la forma de vida wayuu es cada vez mayor: "… la corrupción y el oportunismo político son la constante en la Guajira. Este cuadro desalentador explica por qué la cultura ancestral de los wayuu se encuentra en permanente riesgo".

Bien le debieron servir al investigador los conjuros que le estamparan las piaches en su ser y los amuletos que atesoraba desde sus primeros viajes para que la tristeza no se quedara en él, definitivamente, luego de atestiguar la profanación, por parte del turismo invasivo y depredador, de la antesala del *lugar* más sagrado de esta etnia: Jepira, el ámbito mítico en donde reposan las almas de los muertos.

Y es que Jepira, en el Cabo de la Vela, como imaginario, cimenta en tanto lugar mítico el macroterritorio wayuu, territorio que se fractaliza en la porción que posee cada clan y que tiene como corazón el cementerio donde reposan los huesos de sus parientes uterinos, lugar de descanso final que coincide con el lugar del origen mitológico del clan, donde la tierra se abrió para dar existencia a la primera mujer y al primer hombre de cada linaje. Así nos va desgranando María Fernanda Acosta sus asertos en la segunda parte de este libro, dejando entrever la delicada urdimbre de los derechos territoriales de cada clan que reposan en la nominación mítica del territorio y en la historias orales –detentadas por el alaüla, el tío materno–, relatos que narran las vicisitudes de las tribus al deambular y aliarse y guerrear en el curso de los milenios. Y es que son muchos los milenios que median entre el primer arribo, ya perdido en la memoria ancestral, desde ámbitos que apuntan a la Amazonia y que empiezan a ser develados al tenor de los estudios arqueológicos y lingüísticos, pasando por la más reciente llegada del europeo y de los afrodescendientes. Unos y otros cambiaron el ritmo de la cultura más ancestral, dando lugar al pastoreo de animales traídos de Europa, con técnicas de manejo importadas de África. ¿Perdurará el paisaje memorizado y vertebrado en las historias que reposan en la mente de los sabedores (alaüla), esos personajes indispensables en la cultura wayuu y de donde provienen los mejores palabreros? ¿Terminarán los modos jurídicos de la cultura nacional borrando las formas propias ancestrales de detentar territorio? Retos para las nuevas generaciones que han de vivir entre dos mundos; desafíos para los cuales han de estructurarse –con lo mejor de esos dos mundos– los jóvenes que decidan ser verdaderamente wayuu, centrados autocríticamente en lo propio, pero también abiertos críticamente a la multiplicidad de las otras culturas.

El apartado siguiente, a cargo del arquitecto Alberto Saldarriaga, nos detalla más el tema del territorio, ateniéndose no tanto al macro sino al que ocupa la familia respectiva, la *ranchería,* espacio real en que se desenvuelve la cotidianidad y que está enmarcado por dos círculos simbólicos más amplios: el *vecindario* formado por el conjunto de rancherías, y la *patria guajira* que acoge los territorios de varios clanes y linajes.

Antes de entrar en materia arquitectónica despeja una idea bastante común que aún ve en los desplazamientos guajiros una testificación de nomadismo. Prefiere hablarnos de una residencialidad policéntrica, bien acondicionada al régimen de lluvias escasas y sequías muy prolongadas que obligan a desplazarse, es cierto, pero dentro de unos límites que, idealmente, permiten evitar –no siempre– confrontaciones motivadas por los periplos de otros clanes y familias. El régimen de lluvias unida a la configuración semidesértica del paisaje, se cree dio lugar simbólicamente a la forma de organización familiar. La tierra como la mujer permanece y es el asiento del clan. La lluvia como el hombre va y viene fecundando tierras y vientres. La costumbre, el *ethos* –que es cambiante–, se proyecta sobre el territorio (como cosmos) y lo organiza, lo lee de esa manera; en un determinado momento en el devenir milenario o, al menos, centenario, de la cultura wayuu, la mítica justificó cosmológicamente la poligamia dispersa.

La vivienda que consta básicamente de zona de habitación, cocina, corral y roza (huerto cercado), está construida con los materiales del entorno y es transitoria. No es miseria la carencia de estructuras permanentes, es adaptación inteligente a un ambiente de difícil manejo, del que se ha de obtener el mayor beneficio posible. Plenos de ladrillo, cemento y hierro, llevan el imaginario de la vivienda ideal quienes a veces se aventuran por esos lugares en plan más de turismo, noticiero superficial, apresurada tarea de gobierno o de "empresa civilizada", y juzgan desde ello y concluyen que quien habita de esa otra forma es un ser precario. Bien estúpido sería si cuando no lleguen las lluvias en los ciclos espaciados por varios años, hayan de desplazarse cargando ladrillos, cemento y hierro, en busca del ámbito donde los rebaños, la pertenencia más preciada y vital, puedan medrar.

De nuevo María Fernanda Acosta, quien cierra con su siguiente artículo la segunda parte de la obra. Era indispensable ocuparse del asunto del *Ayulaa*, no se pueden dejar sin segundo velorio los restos de un wayuu que ha muerto en un lugar alejado de su cementerio clanil, donde han de quedar sembrados definitivamente los parientes por línea materna. Y no puedo dejar de pensar en los pasajes de *Cien años de soledad* cuando se trae a cuento la importancia del lugar de los muertos. Ecos de la cultura wayuu en García Márquez. Cuando por fin Rebeca, la recién llegada a la casa de José Arcadio y Úrsula, pronuncia las primeras palabras en plena pataleta, sólo los indígenas wayuu que servían en la casa la entendieron. Ella, además, había llegado trayendo los huesos de sus padres en un talego para que fueran enterrados en un cementerio, lugar sagrado que aún no había sido inaugurado en Macondo, porque no habían tenido el primer muerto, eso que da residencia plena, según José Arcadio.

Bien nos dirá la autora que el wayuu es de donde está el cementerio familiar; no del lugar donde lo sorprende la muerte en alguno de sus seminomadeos; por eso los familiares tienen la obligación de trastear sus restos y depositarlos "en su cementerio de origen para continuar con la vida misma, afianzar y perpetuar el territorio que permitirá a su familia materna tener un lugar definido en la Guajira por muchas generaciones".

Y así llegamos a la tercera parte del presente libro, con dos capítulos que en cierta medida representan las dos vertientes por las que ha venido circulando su contenido general. De un lado la presentación de la quintaesencia de la cultura wayuu vista como tejido y espacio de sacralidad, en la rigurosa y poética prosa de Guillermo López,

y las conmovedoras páginas de Carolina Sáchica para denunciar la atrocidad que viene cometiendo la sociedad nacional, con la colaboración de algunos aborígenes, y que ha dado por resultado el escándalo, ya mundial, del etnocidio soterrado que se comete contra la sociedad indígena de la Guajira que cuenta ya con no menos de 40.000 niños desnutridos, y 7.000 muertos en los últimos 10 años por razones asociadas a la misma causa.

Sí, de nuevo la contradicción; la maravilla de un mundo que uno quisiera quedara detenido en el tiempo, para al menos pensar que una forma armónica de vivir sería aún posible y nos sirviera de contrapunto a la perspectiva aterradora de una humanidad que acelera su marcha hacia una situación suicida a punta de codicia, desperdicio, exclusión y contaminación. Pero los mundos culturales no se detienen; permanentemente se están armando.

Para introducirnos en el asombro, López parte del mito de la tejedora paradigmática, Walaker, la araña-diosa-mujer, arquetipo de toda mujer wayuu que así como teje la vida en sus obrajes cotidianos, teje la vida en su telar-vientre, para interpolar su fruto en un mundo reticulado por las hebras que parten de ella como centro, y se va extendiendo como telaraña territorial del clan. Tela de araña que toca las telas de otros clanes para hacer alianzas para que la vida en conjunto medre y perdure.

Sí, la vida es un tejido, y cada ser, palabra, concepto, sonido, emanación o utensilio por nimio que parezca aparece constelado en la trama total, adquiriendo en ella plenitud de sentido. El autor se detiene en tres creaciones que nos permiten introducirnos en la Trama Total en la que se siente instalada esta cultura: el chinchorro, el tambor y la palabra; cada una confiesa un tejido.

Y haciéndose eco de Chomsky, uno de los pensadores más avisados y lúcidos del mundo de ahora, nos dirá que "de no atender a consciencia la sabiduría ancestral de los pueblos indígenas, estaremos avocados a una catástrofe sin precedentes".

Y volviendo a Sáchica en su valiente artículo, cabe destacar el papel decisivo que jugó el Consultorio Jurídico de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, en cabeza de esta abogada. En unión con el líder indígena Javier Rojas quien, sin ser oído venía denunciando, de larga data, ante las autoridades competentes los graves problemas de salud que padecía la población indígena de la Guajira, y en colaboración con el periodista Jorge Guillén, con su denuncia frontal encerrada en su documental *El río que se robaron* (el Ranchería), lograron finalmente que entes nacionales e internacionales se ocuparan del asunto. Sólo cuando las denuncias llegaron al mundo, al de afuera, el Gobierno Nacional, en cabeza de su propio presidente se apersonó del problema.

Hoy día, gracias a esas gestiones y denuncias frontales se vislumbran soluciones radicales que pasan por la investigación a fondo, suficientemente ventilada ya en los medios masivos de comunicación, acerca de la desaforada corrupción que permea toda la estructura del departamento peninsular. Ya van muchos detenidos por parte de la Fiscalía General de la Nación y habrá más. Ojalá que la acostumbrada politiquería que maneja las *mermeladas,* provenientes de las regalías con que se compran votos para elegir funcionarios corruptos que luego han de pagar favores desfalcando las arcas regionales con contratos amañados, no se imponga de nuevo.

Pero mientras la justicia llega –y es la esperanza que sea pronto en la nueva patria que estamos construyendo los colombianos de buena voluntad– lo más inmediato es dejar de victimizar doblemente a la propia comunidad indígena de la Guajira, achacándole a ella misma ya no solo la causa del mal que padece su infancia, –la desnutrición–,

sino a la que califican los medios masivos de divulgación como la oposición "salvaje" de los adultos a que los niños en riesgo inminente de muerte sean asistidos en los hospitales regionales. Y es que así, sin matices, se presentan todos los días los casos puntuales en las noticias de prensa escrita, hablada y visual. En esto Sáchica es contundente, mostrando cómo cuando la comunidad es ilustrada mediante misiones médicas que les explican reposadamente las bondades y conveniencias de la medicina académica, las madres wayuu no se oponen a separarse de sus hijos en riesgo sino que ellas mismas buscan masivamente el auxilio hospitalario que por ley les corresponde.

Rafael Mercado, uno de los escritores indígenas bien presente en este libro, desenmascara también el prejuicio en forma implacable: no nos dejemos engañar por las palabras del momento; no es simplemente la desnutrición la que viene matando a los niños de la Guajira; esta afección es una consecuencia de males estructurales más profundos, suficientemente anunciados al aplicarse el modelo económico neoliberal que beneficia a los pocos, margina a los más y arrasa con el medio ambiente. Y en eso a todos los colombianos nos cabe una porción suficiente de culpa: "Ahora todo es desnutrición. No se ha visto que en los medios de comunicación digan: un niño falleció por la contaminación de la explotación de la mina del Cerrejón. Según ellos, todo se debe a la desnutrición…".

Y que sea la situación puntual abordada por Sáchica la que nos dé pie para adentrarnos mínimamente en la teorización general: el problema del *diálogo de saberes*.

Por "diálogo de saberes" se ha venido entendiendo el ejercicio profundamente humano de intercambiar ideas o pensamientos en forma pacífica, a partir de lo fundamental de cada dialogante, quien aparece como un vocero y/o representante de la cultura respectiva. Estos diálogos interculturales se desarrollan en orden a lograr un buen manejo de ese Mundo que es la sumatoria de todos los mundos (los particulares de cada cultura). El "buen manejo de mundo" que busca este diálogo, tiene como fundamento el respeto, y como meta, lograr un "estado de justicia" en que todo y todos quepamos fraternalmente. El estado de justicia no sólo se ha de extender al ser humano; también ha de cobijar a la tierra (elementos), a las plantas y a los animales, dado que la especie humana va asumiendo la responsabilidad del conjunto, siendo día a día de modo creciente la principal causante del deterioro del medio ambiente, vital para todos.

En estricto rigor, cada persona es vocera de su cultura. No se requiere que alguien le delegue esa función. Pero cuando se trata de actos públicos, –un libro es un acto público–, se tiene la práctica de que a dichos "diálogos" se invita a "sabedores o sabedoras", es decir, personas representativas de las culturas o saberes que se van a poner en diálogo. Por *sabedores* entendemos aquellas personas que han dado ese *plus*, ese *algo más* que las diferencia del común de la gente de su cultura, y ese algo más es más *saber*, manejar más conocimientos y, sobre todo, más conocimiento ancestral.

La clave del "diálogo de saberes" reposa en lo ancestral y comienza cuando se comparte y se explora lo ancestral de cada cultura. ¿Por qué? Porque son ciertos resultados de los diferentes procesos propios de cada sociedad los que terminan por enfrentar las culturas y las personas dentro de cada una de ellas. Pero cuando se profundiza suficientemente en lo ancestral, generalmente se da con bases comunes. Desde esas bases comunes es que podemos reconocernos como iguales y dentro de un peregrinaje común (en cuanto cultura, nación o especie), hacia una Utopía, una meta que nos orienta y nos impulsa siempre a seguir adelante en "*la búsqueda de un mejor manejo de*

mundo". Establecida esa base común, fundamento del ser humano, el diálogo permitirá mostrar los logros humanísticos que cada cultura ha alcanzado y compartirlos. Se piensa con optimismo que desde esa base común y desde esos logros se superarán o, al menos, se morigerarán los enfrentamientos producidos por las diferencias. Las diferencias serán vistas como oportunidades para confrontar –mediante una decidida autocrítica– los posicionamientos personales y grupales.

Partamos de lo más elemental: la expresión misma que nos ocupa: "Diálogo de saberes". Las palabras significan algo en sí mismas, pero se llenan de muchos más sentidos cuando se juntan con otras. Y es ahí, en esas compañías donde manifiestan sus mayores poderes, donde dan paso a sus mayores posibilidades expresivas.

En su forma más simple llamamos *diálogo* al intercambio de palabras entre dos personas (pueden haber varias pero no hablando todas a la vez: cuando eso sucede se habla de bochinche o gritería). Un diálogo es un turnarse respetuosamente en el uso de la palabra.

La forma más compleja y rica de explicar una palabra comienza por explicitar su etimología. Es decir, analizar sus componentes y orígenes. En el caso que nos ocupa los factores son muy fáciles de delimitar: se trata de una palabra compuesta de un prefijo /*dia*-…/ y de un sufijo /…*-logo*/. Tanto el sufijo (= que se agrega después) como el prefijo (= que se agrega antes) provienen, en este caso, del idioma griego, que es junto con el latín uno de los principales componentes del castellano. El prefijo /*dia*-…/ comporta el significado de /*a través de*/ = *atravesar*, *hacer una travesía, ir a través de.*

El sufijo /…*-logo*/ proviene del griego *lógos*, una de las palabras más llenas de sentidos y, por lo tanto, de las más importantes del idioma griego, y, por ende, del mundo occidental. Inicialmente significó *palabra.* Llegó a tal su importancia que terminó sirviendo para designar a la propia divinidad. Así, el comienzo del Evangelio de Juan, cuya versión más antigua se conserva en griego, dice en su traducción al español: *en el comienzo era el lógos*. Una posibilidad es traducir la palabra *lógos* del griego, por *verbo,* traducción del latín *verbum*. Los traductores cristianos suelen colocar *Verbo,* con mayúscula inicial, por cuanto es una referencia a la divinidad. *Verbo* ya no es simplemente *palabra*. Es el *verbo,* palabra para designar acción, que actúa, que acciona, que opera, que es eficaz, que se realiza en la acción.

> Yo llegué a entender mejor este sentido de la *"palabra eficaz"* cuando el abuelo José García, de la Nación Muinane, me enseñó una noche en el coqueadero de su maloca en el quebradón Takana, cerca de Leticia, por allá en el año de 1976, que sus *Palabras (palabras-de-mambeadero)* las recibían en las noches las gentes que lo escuchaban, y las hacían obra al otro día durante las labores cotidianas. PalabraObra. Una palabra sólo llega a ser verdadera si se hace obra.

Como el lenguaje –en cuanto operación simbólica– es el mayor caracterizador del ser humano, las *palabras* o la *palabra* –que es la forma más evidente de lenguaje– define al hombre. Pero ¿qué diferencia las palabras que pronuncia un loro a las palabras que pronuncia habitualmente el ser humano normal? Las que pronuncia el hombre tienen *sentido*, tienen *razón,* o pueden *dar razón de ellas mismas, pueden dar razón de lo mentado en ellas*. Y aquí aparece uno de los ejercicios más interesantes de los pensadores griegos: hicieron equivaler la palabra *lógos* que significaba originalmente *palabra*, a aquello que es desde donde se hace que las palabras tengan sentido: la

razón. Y así terminaron por decir que el hombre es el ser que, además, tiene *lógos;* es decir, es el ser que tiene la facultad de razonar. Abreviadamente: el hombre es un animal que posee razón (capacidad racional=lógos). Y según los griegos ¿para qué le sirve el *lógos* al hombre? Para tres cosas fundamentalmente: para *conocer*, para *juzgar* y para *crear* obras con sentido y, desde luego, en tanto que de todas maneras el *lógos* sigue siendo *palabra,* servirá también para *comunicarse*.

Los latinos son los creadores de la palabra *ratio* de donde viene –en castellano– *razón*. Ellos hicieron equivaler esa palabra *ratio* a la griega *lógos.* Y no olvidemos que a la divinidad se le ha dado el nombre de Razón Suprema, por creerse que es quien posee todos los conocimientos, la capacidad infalible de juzgar, y sobre todo, la capacidad de crear; también, la capacidad de comunicarse, si bien prefiere –según la mayoría de las culturas– no hacer presencia en forma evidente, sino en forma velada, indirecta, en sueños, simbólicamente, valiéndose de lo mejor que le dio a los hombres: su capacidad de producir e interpretar símbolos. En todas las culturas figuran mitos que hablan del origen divino del lenguaje. Aparece como un don de la divinidad.

Con estas breves notas se puede ahora barruntar lo maravilloso que es un *diálogo:* es un ir a través de las palabras del otro; es un mutuo recorrerse, atravesarse, trasegar por lo esencial del otro. Lo esencial del otro es su capacidad racional y su razón se manifiesta en sus palabras. Las palabras expresan pensamientos. Por eso la palabra *lógos* además de significar *palabra,* significa *pensamiento.* De ahí se da otra definición complementaria: ser humano es tener capacidad de pensar.

Pero el diálogo de saberes nos obliga a plantearnos algo tremendamente difícil de resolver en la práctica; un tema que no se presenta cuando las culturas viven más que menos aisladas, pero que en la época de la globalización que estamos viviendo se torna en problema ineludible e inaplazable. Un tema que apunta a problemas cuya solución no cabe, hasta ahora, en una fórmula general. Un tema que viene asumiendo de larga data la llamada sociedad mayor y que las comunidades indígenas vienen abordando expresamente de modo más reciente, si bien en sus desenvolvimientos culturales lo venían tratando en forma difusa, como es lo propio cuando se trata de procesos culturales. El tema es: la necesidad de proponer y establecer las reglas de un juego en que toda la Humanidad quepa y haga posible que en todas las sociedades particulares, que conforman la Humanidad, sus individuos puedan realizarse como seres humanos plenos.

El caso es que en toda la historia de la humanidad no se ha dado ninguna cultura que no contenga contradicciones en cuanto el cumplimiento de ese ideal. Donde quiera que se aplique un examen riguroso se encuentra que un sector en toda sociedad tiene menos posibilidades de realización justa.

Las naciones del mundo ya se unieron en torno a la Declaración Universal de los Derechos Humanos y a los principios del Derecho Internacional Humanitario. Esto ha significado un gran logro que, sin embargo, comporta dificultades en su aplicación toda vez que en toda cultura –incluidas todas las que componen las naciones firmantes– hay factores estructurales que los contradicen.

Por fortuna en Colombia, líderes indígenas tanto mujeres como hombres están llevando este problema al seno de las comunidades, obligando a recordar, a hacer consciente sistemáticamente y a revisar la Ley de Origen propia

de cada cultura tradicional. En modo alguno las soluciones han de ser impuestas sin más, de modo imperial, desde fuera. Educación profunda y extendida, y diálogo abierto se vislumbran como caminos.

***

Y llego a un punto crucial de este libro. No trataré aquí de entrar en diálogo con lo más wayuu de la presente obra: los textos de los escritores de esa etnia aborigen, la más numerosa de Colombia. Diré poco, porque al tratarse de la palabra viva de escritores indígenas seleccionados de modo cuidadoso y generoso, es mejor dejar que el lector se sumerja en ella sin mayores intermediaciones. Lo poco que diré serán una palabras introductorias acerca de dos de los modos que manejan estos escritores: la poesía y el mito, no sin antes enumerar, al menos, a los autores en su orden de aparición: Vito Apüshana, Rafael Mercado, Armando Valbuena, Francisco Ipuana, Eliel Castillo, Francisca Iguarán, Elder Pérez, Gabriel Iguarán y Rusvelt Machado. Los dos primeros son los que figuran con el mayor número de textos.

Mito y poesía son dos palabras de origen griego, idioma que compone con muchos otros extintos y vivos el grueso tronco de lenguas indoeuropeas.

Los filólogos no han terminado de ponerse de acuerdo acerca del origen de la palabra *mito*; no obstante, luego de no menos de dos siglos de discusiones se saben ciertas cosas, como es el caso de lo que propone G. Stählin al considerar que el radical indoeuropeo que anida en la palabra griega *mythos* da origen en muchos idiomas, de dicho tronco, a expresiones que tienen que ver con el pensamiento y con el recuerdo. En la evolución del sentido de las palabras el término se usó prioritariamente por designar aquellas historias *sagradas* que lo llegaron a ser por narrar la vida de los dioses y héroes. Y así es más o menos como la seguimos utilizando; sólo que de ser "la palabra verdadera por excelencia" (por referirse a los dioses), terminó, cuando se dejó de creer en ellos, "en la mentira por excelencia". Pero esos usos y sus avatares no perjudican lo esencial del mito que no es otra cosa que la estrategia narrativa más apropiada que encontraron todas las culturas (en todas hay mitos), para conservar lo que en ellas se consideraba como lo más importante. Y lo más importante en cada cultura son los principios, cuya aplicación le han permitido construir y manejar el mundo de una manera más que menos exitosa. Esos principios los han derivado de la experiencia acumulada por sucesivas generaciones. La estrategia para memorizar y transmitir esas fórmulas exitosas se logra a través de metáforas que terminan integrándose en relatos que encantan al oyente. Quien se inventa los relatos por primera vez generalmente sabe que es un recurso que puede no ser cierto en sí mismo, pero sirve para transmitir la idea o fórmula que sí es cierta por ser válida y útil. Sólo que al quedar el relato consagrado por la tradición la gente termina por creer que es absolutamente cierto. Pensemos en el mito de Adán y Eva. La intención de quien adaptó el cuento, tomando y alterando algunos relatos de las culturas mesopotámicas, durante la cautividad en Babilonia, fue enseñarle a los hebreos que su Dios era el creador, y que había que cumplir sus mandatos. El cómo ocurrieron las cosas en realidad, es lo de menos. Pero ¿sí será lo de menos? Al escritor del relato parece que le interesaban otras cosas, como por ejemplo, consagrar la costumbre de achacarle a la mujer la introducción del mal en el mundo y de paso justificar el por qué ha de estar sujeta al hombre. En ese sentido los mitos terminan sirviendo para todo. Traigo a cuento este relato bíblico porque de él echa mano Mercado para mostrar cómo, en contraposición, en la cultura

wayuu la mujer no es vista negativamente ni como simple recipiente en que el varón siembra su simiente; no obstante, he de advertir que los wayuu echan mano de otro mito, el de Juyá (el Lluvia), bien tramado en la Ley de Origen, en el que se explica (¿justifica?) la poligamia.

La Ley de Origen que defiende cada comunidad indígena generalmente está consignada en mitos. Igual ocurre con los fundamentos religiosos de la llamada civilización occidental y cristiana. Algunas iglesias ya han revisado críticamente algunos de sus mitos. Otras –las de garaje, que cada vez abundan más ante lo atrayente del negocio–, siguen ingenuamente (¿?) la letra cerrera y escueta de "El libro de los libros".

Pero cuando se estudian ciertos mitos a fondo, liberándose de las lecturas simplistas y fanáticas, para llegar a sus estructuras, se encuentran maravillas conceptuales de una utilidad plena en el mundo contemporáneo. Piénsese en el relato wayuu de las cuatro generaciones que nos habla de cómo La Gran Madre, la más antigua, que es la Noche misma, la Oscuridad, la Mar oscura y la propia Tierra empieza a crear desde el mundo de los sueños la luz primera. Esta primera generación –los elementos– es continuada con las otras tres: las plantas, los animales y, finalmente, el ser humano en cuya conformación entran todos los anteriores, hermanándolos en un tejido armónico que implica el respeto por todos ellos, y, de paso el gran respeto hacia la mujer. El tejido como práctica cotidiana y metáfora es una de las imágenes más utilizadas por los escritores wayuu para visualizar su cosmovisión. Dice Mercado: "Todas esas substancias las reproduce la mujer Wayuu, por eso nosotros heredamos el nombre [del clan] de la carne de nuestra madre, porque sencillamente, dicen los viejos, somos creados dentro de una mujer [el telar-vientre], por lo tanto heredamos el nombre de la carne de nuestra madre. Entonces es ahí donde nace la cuarta generación". Excelente mensaje de fondo para la coyuntura mundial actual: somos parte de la casa cósmica; en su respeto y cuidado le apostamos a nuestra propia subsistencia como especie y como requisito inmediato, el respeto y cuidado de la mujer, el darle la igualdad plena en sus derechos, a ella que es la metáfora cercana que tenemos para asomarnos a la Totalidad.

Y llego al asunto de la poesía, la forma más alta que adquiere el lenguaje porque en ella se conjuga de modo especial el sentimiento y la razón.

Es una fortuna extraordinaria que en la cultura wayuu se venga aquilatando de vieja data el acto de fraguar poemas nuevos sobre la base de experiencias en las que cuenta mucho la tradición ancestral. Son escasísimas las etnias aborígenes colombianas en las que se pueda decir lo mismo; sólo que cada vez más, al arrimo de quienes se atrevieron a dar el paso creativo, que va más allá de la sola meritoria repetición de lo ancestral, van floreciendo más y más personas creadoras que empiezan a elevar su voz propia.

Recordemos brevemente el sentido de la palabra entre los griegos arcaicos. *Poiema* significa *creación,* y una creación en el sentido griego es aquello que resulta del acto radical en que un autor compromete todo su ser en aquello que interpola como obra donde antes había ausencia.

El poeta mediante la palabra es un creador de mundos en los que el espíritu humano divaga sintiéndose poderosamente libre.

Y para terminar dos poemas. El uno de Vito Apüshana, escueto y profundo como un pozo:

Mujer

La vida está aquí, plena, entre mujeres.
Mi hermana, la mañana
Mi mujer, la tarde
Mi madre, la noche
Mi abuela, el sueño
Su festejo, como las casimbas
Es breve y profundo.

Y en testimonio de lo profundo que caló en mí la lectura de este libro, retomo la metáfora del tejido y dejo fluir la palabra…

Tejer la vida que llega
Con hilos que son visibles,
Tramaje de bosque y río,
De mar de playa y de cantos
Que el canto es con el que teje
El viento que trae la lluvia
Para formar con la tierra
La magia del fruto amable.
Ya vendrá luego el momento
De la noche en la enramada
Cuando medrarán palabras
Para que nunca se olviden
Los tejidos de los sueños
Que nos dejaron los viejos
Que van cantando en la sangre.

Fernando Urbina Rangel

Filósofo, fotógrafo y poeta. Profesor emérito de la Universidad Nacional de Colombia.
Especialista en historia de las religiones, en mitología y arte rupestre de la Amazonía colombiana. Es miembro del Grupo de Estudios sobre Pensamiento Abyayalense o Amerindio.

PARTE I

Tü una'apükat wamüin pülasü

La naturaleza es sagrada para nosotros

Pág. anterior. Laguna Navío Quebrado, Santuario de Fauna y Flora los Flamencos, Camarones.
Fotografía de Sara Vega Mateus.

Dunas de Taroa, Punta Gallinas.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

Alma de la tierra *wayuu*: una crónica de viaje

Leonardo Otálora Cotrino[1]

En las siguientes líneas me propongo narrar lo que fue el periplo que durante 9 días llevamos a cabo seis profesores, dos puñados de estudiantes del Programa de Publicidad y tres voluntarios administrativos de la UJTL, por el territorio Guajiro, con el propósito de realizar el documental *Guajira Viva*, versión 2015. La producción de dicho documental estaba enmarcada en la celebración de la sexta versión del evento *Alma de la Tierra*, el cual se viene desarrollando cada año, por iniciativa del Decano Christian Schrader, con el aval y beneplácito de las directivas de la UJTL[2]. Hoy en día, debido a sus alcances a nivel local, nacional e internacional, constituye uno de los acontecimientos académicos quizás más importantes y renombrados de la Universidad. Es a través de él que la institución ha hecho presencia en distintos escenarios y realidades de Colombia,

1 Filósofo de la Universidad Nacional de Colombia y Magister en Educación de la Pontificia Universidad Javeriana. Es profesor de tiempo completo de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, Facultad de Ciencias Humanas, Arte y Diseño y adscrito al programa de Publicidad en la cátedra de Sociología. En la actualidad dirige la línea de investigación *Responsabilidad Social y Ambiental.*

2 El evento *Alma de la Tierra*, año a año, ha abordado temas ambientales ligados a diferentes regiones de Colombia. Dentro de sus propósitos está el de realizar un documental en relación con las temáticas tratadas. En esta ocasión el equipo técnico que trabajó para la realización del documental estuvo conformado por dos grupos. El primero, compuesto por el profesor Jaime Bonilla, avezado documentalista, con experiencia en el trabajo etnográfico , el profesor Juan Pablo Rodríguez y yo, por los estudiantes Guillermo Camargo, Daniel Torres, Natalia López y Álvaro Osmani, y por los administrativos Judy Milena Polania y el camarógrafo Carlos Martínez. El segundo grupo lo integraban el Fotógrafo Carlos Santacruz, el publicista y semiólogo Andrés Novoa, el profesor Diego Pérez y los estudiantes Sara Vega, Mayerly Ruíz y Ana María Monzón. Para la parte de pre-producción y la organización del evento en Bogotá se estableció un equipo de trabajo liderado por Ginna Arenas, quien tuvo a su cargo otro semillero nutrido de estudiantes.

que demandan la atención de la ciudadanía en asuntos ambientales, en donde el compromiso de la academia cobra especial importancia, en consonancia, sea dicho, con los principios misionales de la Expedición Botánica, promovidos por la Universidad desde sus inicios. Es imposible no mirar en el acontecimiento de *Alma de la Tierra* el espíritu de Christian, quien fue su creador y su asiduo promotor. En su calidad de publicista y pedagogo, él puede ser considerado como uno de los pioneros de la publicidad social y ambiental en Colombia, y quien, de alguna manera, ha sido uno de los gestores de la actual y preponderante orientación del Programa hacia dichos temas, bajo la égida de la responsabilidad.

Cuando a comienzos del año 2015 recibimos la noticia de que, por sugerencia de la rectoría de la UJTL, el tema propuesto para la sexta versión del evento *Alma de la Tierra* era La Guajira, sentí una particular emoción, ello debido a los lazos intelectuales y afectivos que por muchos años me han unido con este maravilloso territorio y con sus habitantes: los *wayuu*. Este vínculo entrañable fue el que me llevó a ofrecerme como colaborador incondicional del viaje que se debía llevar a cabo, con el propósito de realizar un documental interinstitucional sobre La Guajira[3]. Teniendo en cuenta mi experiencia sobre terreno, se me encomendó organizar la expedición, ofrecimiento que acepté sin ninguna resistencia. Este viaje por venir era la posibilidad de reencontrarme con ese territorio pródigo en asombros y, paradójicamente, hoy por hoy, debido a la situación difícil de sus pobladores, de dolor y desesperanza para la realidad de la mayoría de sus habitantes.

Más allá de hacer un relato lineal de dicho viaje, lo que haré a continuación es, gracias a ciertas anécdotas, poner en perspectiva esta experiencia con algunas de las reminiscencias de años anteriores, cuando tuve la oportunidad de viajar por este enigmático desierto.

En el año 1988 La Guajira significaba para mí un paraje extraño y ajeno a mis preocupaciones. Hasta ese momento ni siquiera contemplaba la posibilidad de conocer lo que para mí era simplemente un territorio signado por dunas de arena interminables, salinas, cactus y nómadas aguerridos, pastores de vacunos, burros y cabras. Lo que uno escuchaba de La Guajira estaba casi siempre asociado al contrabando[4], la bonanza marimbera, a la precariedad de vida de sus habitantes, cuando no al invariable abandono por parte del Estado y a la acostumbrada corrupción política, todo enmarcado en los

Christian Schrader con mujer *wayuu*.
Ranchería Nortechon, Uribia.
Fotografía de Diego Alejandro Pérez Morales.

Dialogando con los guardaparques
en la sede del Parque Macuira.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre

Dunas de Taroa.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

3 Este proyecto documental contó con el valioso apoyo del Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, para lo cual se suscribió un convenio entre dicho Ministerio y la Universidad Jorge Tadeo Lozano en el marco del fortalecimiento del Programa de Educación Ambiental y Participación, liderado por Maritza Torres Carrasco. Así mismo se contó con el acostumbrado apoyo de Parques Nacionales Naturales de Colombia, en especial de Luis Alfonso Cano, Coordinador del Grupo de Comunicación y Educación de Parques Nacionales Naturales de Colombia.

4 Para rastrear los orígenes del contrabando en La Guajira consultar la detallada crónica: Guajiros, *amos de la arrogancia y del cacto*. http://www.banrepcultural.org/node/19050

extremos y lo imprevisto; situación ésta que se perpetúa hasta el día de hoy. Era imposible no asociar al departamento más septentrional del país a una tierra abrupta e impenetrable, en donde todo podía suceder. Por lo menos, esa era la imagen que recibía de mis allegados de antropología de la Universidad Nacional, que habían tenido la posibilidad de visitarla. En calidad de estudiante de filosofía, en esa época yo me encontraba en franco conflicto vocacional con mi carrera, por cuanto me resistía a aceptar que el conocimiento de la "realidad" se limitara a prolíficos tratados teoréticos y a herméticas abstracciones lógicas. Esta decepción profesional fue la que, seguramente cuatro años atrás, me condujo a buscar en el seminario "Mito y Filosofía" lo que el reino de la razón me negaba impunemente. Gracias al profesor Fernando Urbina Rangel[5], acucioso investigador que puso sus ojos en el profuso y abigarrado mundo amazónico, comencé a familiarizarme con temas que traían a mi inquietud filosófica una nueva frontera, la dimensión mítico-ritual y los abrevaderos de la magia[6].

Este hallazgo del universo mítico, junto con la invitación de mi amigo Álvaro de la Mina a hacer un viaje exploratorio a La Guajira con miras a la realización de un libro de fotografía, me condujeron por primera vez a este territorio. A partir de este momento, y en el lapso de dos décadas, visité La Guajira en muchas ocasiones bajo múltiples excusas, las cuales iban desde el interés por recopilar de viva voz sus mitos, trabajar en proyectos con las comunidades, visitar a mis amigos, hasta ofrecerle a mi hija en medio del desierto una experiencia distinta a la consabida fiesta de quince años, de esa parafernalia de derroche y poca conciencia, en donde, a mi juicio, no siempre se efectúa una iniciación a nivel espiritual.

El primer reto que teníamos que afrontar los organizadores de *Alma de la Tierra*, a la cabeza de Christian Schrader, era el enfoque que debíamos darle al documental. Por consenso teníamos claro que, a pesar de las múltiples tragedias que se cernían sobre La Guajira, y que merecen indiscutiblemente sobrada atención y denuncia, lo que considerábamos merecedor de tratamiento era precisamente la manera tan digna como el pueblo *wayuu,* no sólo resiste a las embestidas de la naturaleza desbocada que los rodea, en

Cactus del desierto. De camino a la Macuira.
Fotografía de María Fernanda Acosta Convers.

Ranchería de Luz Mila Arens. Bahía Hondita.
Fotografía de Carol Vásquéz.

5 Fernando Urbina Rangel, filósofo de la Universidad Nacional y profesor eximio de la misma institución desde el año 1963. Ha dedicado más de cincuenta años al estudio del mito y de la esfera ritual, en especial de los *uitotos* y los *muinanes*. En su labor de fotógrafo y etnógrafo tiene en su haber más de 30.000 fotos y una magnífica y prolífica recopilación de relatos a partir de sus más de 30 viajes de campo a través de la Amazonía, Orinoquía, Chocó y los Llanos Orientales; además es un gran conocedor del arte rupestre que se encuentra como un tesoro escondido en dichas regiones.

6 Precisamente por esto emprendí en ese momento la tarea de conocer lo que más pudiera acerca del universo mítico de los *wayuu*. Para ese entonces, aprovechando mi estadía en Francia, pedí permiso en el Museo del Hombre y en la Universidad de la Sorbona para consultar las fuentes de texto dedicadas a La Guajira colombiana. En ese momento me percaté que mejor debí haber estudiado antropología, ya que a través de dicha disciplina podía descubrir la existencia de una filosofía más cercana a mi naturaleza, ajena al racionalizante formato occidental, quizás menos pretenciosa, más aterrizada y untada de vida.

gran medida como consecuencia de un modelo suicida de civilización, sino a los efectos "colaterales" de un sistema económico fundado en la dictadura de un crecimiento lineal, en el que en la mayoría de los casos, los factores humano y ambiental son lo menos importante y al que, por la misma razón, va necesariamente aparejado un proceso de acelerada pauperización de quienes no alcanzan a someterse a su ritmo galopante y ciego[7]. En este dudoso sistema de "desarrollo", en el que son más importantes las cosas que las personas, el bienestar se distribuye en forma inequitativa y, en esta repartición deliberada, la gran mayoría queda rezagada en sus orillas. Una organización humana fundada

7 Para percatarse de este diagnóstico, sugiero la exploración de autores como Iván Illich, André Gorz y Zygmunt Bauman.

en el mutualismo y la solidaridad no encaja en el paradigma de la competencia y del "sálvese quien pueda" propio del, llamado por Lipovetsky (2007), turbo-capitalismo. Ya Bauman (2005) puso en evidencia lo que sucede con los sobrantes de la sociedad, aquellos que encarnan los prescindibles y excluidos. Determinismo que en nuestro contexto se resume en una verdad lapidaria: los indios no valen socialmente por cuanto no producen ni consumen. Esto explica el uso malintencionado del motete de desprestigio y de insulto muy esgrimido en nuestro país para difamar a alguien, y que dice: "parece un indio" o "es un indio".

El primer escollo a superar para la expedición *Guajira Viva*, fue la escogencia del recorrido que se iba a realizar, así como la organización y preparación del equipo humano y técnico para llevarlo a cabo. Sabía, por experiencia propia, que entrar al desierto supone muchas dificultades y limitaciones, que en este caso, van desde el simple hecho de encontrar alojamiento y proveerse de alimentos, hasta transportar un voluminoso aparejo de equipo técnico de filmación, agua, planta eléctrica, equipaje y víveres para donar a la comunidad a nuestro paso. Dado todo lo anterior, y teniendo en cuenta la amplitud del territorio guajiro y la dificultad del desplazamiento por la precariedad de las vías que surcan el desierto, decidimos dividirnos en dos grupos, ello para cumplir dos itinerarios distintos[8]. Para definir los trayectos nos valimos de la ayuda de mi amiga Aida Kuast Iguarán, guía del etnólogo Michel Perrin[9] en sus viajes en los años 70 y guía de todas mis incursiones anteriores, indígena *wayuu*, avezada trabajadora en asuntos indígenas y experta conocedora del desierto.

Jaime Bonilla y Carlos MartÍnez. Cerca de Uribia.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

Profesor Andrés Novoa entrevistando mujer *wayuu*.
Ranchería Nortechon, Uribia.
Fotografía de Diego Alejandro Pérez Morales.

Equipo de filmación en el arroyo de *Wotkasainru'u*.
Parque La Macuira.
Fotografía de Álvaro Osmani Moreno.

Casa de Conchita Iguarán, Red de Tejedoras, Uribia.
Fotografía de Diego Alejandro Pérez Morales.

Laguna Navío Quebrado, Santuario.
de Fauna y Flora Los Flamencos, Camarones.
Fotografía de Ana María Monzón Duarte).

Caravana en el desierto de Carrizal.
Fotografía de María Durier Martínez.

Equipo de filmación en el arroyo de *Wotkasainru'u*.
Parque La Macuira.
Fotografía de Álvaro Osmani Moreno.

Realización mapa.
Valentina Sarmiento Castillo.

8 Para realizar su trabajo, cada grupo contaría con cámaras de alta definición, equipo técnico de alta generación de audio e iluminación, trípodes, cámaras de fotografía, planta eléctrica, computadores, memorias externas, entre otros. Como este relato sólo recoge lo acontecido con el grupo 2, en el cual yo me encontraba, y que tenía por misión recorrer la alta y media Guajira, se limitará a describir el itinerario de dicho grupo. El grupo 1, a cargo de los profesores Carlos Santacruz y Andrés Novoa, teniendo como base la ciudad de Riohacha, recorrería la baja y la media Guajira. El itinerario a realizar comenzaría con Uribia, en donde tendrían por misión visitar la Red de tejedoras de Conchita Iguarán y el taller de cerámica de Ramona Uriana Ipuana en la ranchería Nortechón. A continuación debían visitar el Parque Nacional Natural Boca de Camarones para realizar un reconocimiento de la fauna marina. Después les correspondía visitar el mercado indígena y la casa de la cultura en Maicao. De regreso en Riohacha llevarían a cabo las entrevistas al antropólogo Weildler Guerra y al palabrero Odilón Montiel Uriana. De allí debían partir a las salinas de Manaure, antes de visitar corregimiento de Mayapo, en donde esperaban conocer el proyecto de etnoeducación del Colegio *Laachon*. Después pasarían por el desierto de Carrizal antes de enfilar al Cabo de la Vela, en donde irían a encontrarse con nuestro grupo que llegaba de la Alta Guajira. Ya juntos, se planeaba el regreso a Riohacha, previo al viaje a Bogotá.

9 Michel Perrin. Etnólogo y antropólogo francés, autor de unos de los trabajos más sesudos y profundos sobre mitología, chamanismo y simbolismo de la cultura *Wayuu*, los cuales son el resultado de una investigación en las entrañas del territorio guajiro entre los años 1969 y 1985. Entre dichos trabajos se destacan *El camino de los indios muertos: mitos y símbolos guajiros* y *Los practicantes del sueño: el chamanismo wayúu*, entre otros.

El 26 de septiembre cargamos las camionetas[10] a las 5:30 de la mañana y salimos en dirección a Nazareth, tramo agotador de cerca de ocho horas de camino ininterrumpido. El primer trecho lo hicimos por vía pavimentada hasta Cuatro Vías, punto en donde hicimos la desviación con destino a Uribia. Este trayecto se recorre en forma paralela a la carrilera privada que une la mina de carbón del Cerrejón con Puerto Bolívar, terminal marítimo de embarque, en donde diariamente salen en promedio 108.000 toneladas con destino a Europa, Asia y EE. UU. Esta carrilera, desde su construcción en 1984, ha despertado muchas polémicas. Aún recuerdo estar escuchando en el año 1988, de viva voz de los indígenas, sobre casos de arrollamiento por parte de esta "serpiente" desconocida y funesta[11]. Esa máquina infernal venía a ser una especie de basilisco inconmensurable para la cosmovisión y la organización social de los indígenas[12]. Y esto, como se advierte, por múltiples razones: primero por el proceso de desplazamiento de las 232

10 El servicio de transporte lo proporcionó la empresa familiar de uno de nuestros estudiantes, Guillermo Camargo, quien a pesar de haber crecido en las orillas del desierto, siendo Guajiro, admitió desconocer ese mundo *wayuu*. Tanto al inicio como al final del viaje fuimos recibidos cálidamente por sus padres, en cuyo hogar pudimos degustar la comida típica de La Guajira y sentir la calidez de sus gentes.

11 Estos percances se dieron recién inaugurada la vía, debido a la ignorancia de los indígenas acerca de la dimensión del peligro que entrañaba el paso del ferrocarril y por la poca información impartida por la empresa sobre el asunto a las comunidades.

12 Dentro de los espejismos que pudieran ver los *wayuu*, estas máquinas podrían llegar a pasar por un monstruo desconocido (Arocha y Friedemann, 1982).

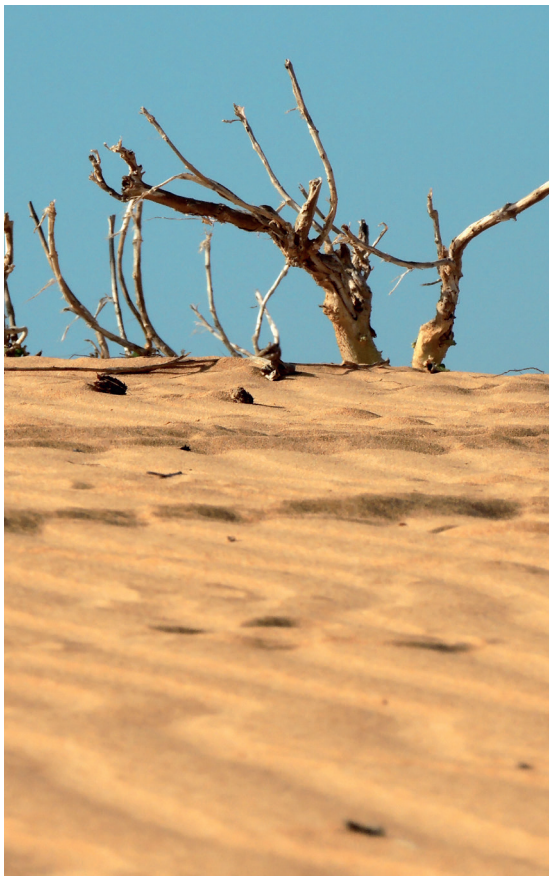
comunidades que se asentaban a lo largo de su trayecto (cerca de 14.000 habitantes), las cuales, por cierto, debieron salir con una irrisoria indemnización. Segundo, debido a que la carrilera, a la manera de una enorme cicatriz, venía a partir en dos gran parte de La Guajira, cercenando abruptamente su territorio, afectando sus prácticas de nomadismo pastoril, como el vínculo afectivo de las familias por la demolición de las rancherías y la destrucción de sus cementerios. Los *wayuu* se han acostumbrado a ver pasar diariamente 7 trenes, con 120 vagones cada uno, transportando cerca de 10.000 toneladas de lo que consideran una parte de sus entrañas, riqueza ésta arrancada a su subsuelo, constituyendo de este modo un tesoro usurpado del que reciben poco o nada como beneficio. Las regalías que da la multinacional[13], y de las que deberían beneficiarse primordialmente las comunidades, se esfuman en manejos indebidos e intereses corruptos. No hace falta ser un experto en dicha problemática para comprender la lógica de este asunto, simplemente basta con visitar cualquier lugar de La Guajira y ver el estado de extremo abandono en que se encuentra el pueblo *wayuu* por parte del Estado, pero sobre todo, por parte de las autoridades locales, para darse cuenta que las regalías son objeto de truculentos tratamientos.

No hay que olvidar que, aparte de los efectos adversos provocados por la carrilera privada del Cerrejón, a los *wayuu* les fueron arrebatadas 68.600 hectáreas, que comprenden el área minera y el puerto marítimo de exportación de la Compañía el Cerrejón[14], esto sin hacer referencia al impacto negativo ocasionado por la extracción de gas natural y por el cambio de políticas en el manejo de las salinas, siempre en detrimento de los indios *wayuu*.

La ecuación salta a la vista, la corrupción y el oportunismo político son la constante en La Guajira. Este cuadro desalentador explica por qué la cultura ancestral de los *wayuu* se encuentra en permanente riesgo. La necesidad que ha generado la penuria estructural

13 Ver relación de regalías del 2014, según el Cerrejón (2016).

14 El Cerrejón es una de las minas a cielo abierto más grandes del mundo, alcanzando una producción anual promedio de 32 millones de toneladas. Comenzó siendo en el año 1975 una empresa multinacional llamada *International Colombia Resources Corporation - Intercor,* una filial de la *Exxon Mobil Corporation.* En el año 1976 se asocia con Carbones de Colombia Carbocol S. A., y firman un contrato de asociación por 33 años, explotación que en 1999 fue extendida por acuerdo de Estado hasta el año 2034. A comienzos del 2000 pasó a ser en su totalidad propiedad de un consorcio de multinacionales compuesto por *BHP Billiton, Anglo American y Xstrata*. Pese a generar cientos de miles de millones de dólares por concepto de regalías al departamento de La Guajira (siendo el tercer mayor productor después de Arauca y Meta), en dicho departamento la inversión social es la tercera menor en el país. Alrededor del 70% de la población de La Guajira vive por debajo de la línea de pobreza, del cual el 31% vive en estado de pobreza absoluta. El índice de analfabetismo asciende al 40.7% y posee la más alta tasa de mortalidad infantil del país, alcanzando la aberrante cifra de 50 por cada mil, cuando en el resto del país es de 22. Por su parte, la empresa consume cerca de seis millones de metros cúbicos de agua al año (17.000 metros cúbicos de agua por día), en su gran mayoría del río Rancherías, que se utilizan para regar las vías para atenuar el espolvoreo que generan los camiones que transportan el carbón, mientras la población, en su mayoría indígena, se muere de sed. Esto contrasta con la escandalosa realidad relacionada con que casi en su totalidad los *wayuu* carecen de los servicios básicos de agua potable y de energía eléctrica. La proporción de empleos de la población indígena en el Cerrejón solo representa el 1%, cuando se tiene que dicha población nativa constituye más del 50% de todo el departamento (Benson 2011; Vitola 2015).



Desierto de Carrizal. Alta Guajira. ◆
Fotografía de María Fernanda Acosta Convers.

Vista de Puerto marítimo del Cerrejón. Puerto Bolivar. ▶
Fotografía de María Fernanda Acosta Convers.

Tren Cerrejón.
Fotografía de María Fernanda Acosta Convers.

110 684

que padece esta etnia, ha sido un factor determinante en la disgregación que han sufrido a lo largo de tantos años. Por un lado, los factores de tipo ambiental, en este caso, el acrecentamiento de las sequías, ha ido modificando una economía basada en el pastoreo y los cultivos estacionales del pancoger, propia de las centurias posteriores a la conquista, hacia otras formas de subsistencia[15]; por otro, la presencia y accionar de actores armados, en especial de los paramilitares, ha conducido a la progresiva migración de las generaciones jóvenes a tierras más fértiles y seguras en Venezuela (Acerca del Pueblo *wayuu* 2011); lo anterior sin contar con las luchas interclánicas y la conformación de diferentes formas de prácticas delictivas en su territorio, (en parte nacidas del desamparo al que se ven abocados), dejando al pueblo *wayuu* abandonado a su suerte, mientras el Estado colombiano se desentiende (Vázquez 2013).

No es sino comenzar a recorrer este territorio guajiro para inmediatamente entrar a toparse con toda suerte de situaciones anómalas y de contradicciones. Pongo por caso dos anécdotas que viví personalmente en el año 1988. La primera tiene que ver con lo sucedido en la región de Santa Rosa, un caserío costero en donde vive una comunidad de *apalaanchi*[16] frente a un mar tranquilo, con sus aguas color turquesa, que dialoga con un desierto espectral y dorado. Los *wayuu* que habitan esta región costera, a pesar de tener la posibilidad de acceder a un alimento más seguro, gracias a la pesca, que aquellos indígenas del interior, que carecen de animales de pastoreo, son económicamente muy pobres. Ellos se dedican a la pesca artesanal, y eso supone muchas veces salir a navegar con velas rudimentarias o con la ayuda de pequeños motores fuera de borda. Pasando por allí una tarde, camino al Cabo de la Vela, llegamos a una ranchería llamada *Poporti*, con sus casitas hechas de *yotojolo* (madera del corazón del cactus), y encontramos una mujer que estaba llorando en la puerta de su rancho. Cuando nos acercamos supimos que acababa de dar a luz y estaba sin comer hacía tres días, el tiempo que su esposo había salido a trabajar con su atarraya. Nos dijo que ella presentía que algo le debía haber pasado, que podía estar perdido a la deriva en altamar o posiblemente podía haber naufragado. Su desconsuelo lo atizaba el hecho de que su marido aún no sabía del nacimiento de su primogénito. Esta situación comenzaba a hacerse más frecuente entre los pescadores, dado que ellos se veían en la necesidad de alejarse cada vez más de la playa hacia mar adentro, ello para competir con los grandes barcos pesqueros de las multinacionales, los cuales utilizan la técnica de arrastre. Los llamados "Vikingos",

Desierto de Carrizal.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

Laguna Navío Quebrado, Santuario de Fauna y Flora Los Flamencos, Camarones.
Fotografía de Sara Vega Mateus.

Bahía Hondita.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

15 Como principal forma de sobrevivencia de los *wayuu*, se acrecienta el trabajo asalariado en los distintos sectores productivos, en los cuales, salvo que ellos alcancen una formación profesional, siempre tienen una labor y una remuneración de segundo orden.

16 Son los *wayuu* dedicados a la pesca. Ellos conservan viva una de las formas de vida más tradicionales de los indígenas de la península, inclusive, por mantenerse tan auténticos en dichas formas, son los que atesoran un considerable legado de la tradición oral ancestral del grupo. Curiosamente tienden a ser vistos por el resto de los *wayuu*, que se dedican al pastoreo, como sujetos inferiores respecto a ellos.

según testimonios de los pescadores, cogen en sus redes lo que se les atraviese, acarreando, por una parte, la sobrepesca; por otra, impidiendo la cadena de reproducción por la captura de especies aún no maduras; además los *wayuu* no reciben un solo peso de la riqueza que extraen estas empresas de su propio mar.

Frente a la situación desesperada de la mujer, lo único que pudimos hacer fue avisar a las autoridades de Manaure y dejarle provisiones para que pudiera sobrevivir mientras acudían en su ayuda. Me enteré tiempo después que su esposo había sido rescatado por los lados de Palomino, en altamar y sin combustible, seguramente arrastrado por el viento. La otra anécdota, aún recuerdo, se dio en el curso de nuestro primer viaje en 1988, al estar acompañando a Aida, cuando trabajaba en la Oficina de Asuntos Indígenas, a recibir la queja de una familia de Bahía Portete, en relación con el hecho de que su ranchería había quedado atrapada dentro de las mallas de Puerto Bolívar, y que se negaban a transar un pago por parte del Cerrejón para realizar su traslado, por cuanto rechazaban abandonar el cementerio donde reposaban sus ancestros, y a donde debían ir a descansar ellos antes de partir definitivamente al *Jepira*. Esa visión lineal del espacio, propia de Occidente, no coincide con la experiencia indígena del territorio, que es concebido como algo circular, en donde todo está vinculado: el pasado y el futuro, la vida y la muerte, el hombre, el animal y la planta, el misterio y el pan del cotidiano. Este hecho refleja claramente lo expresado por el jefe Seattle en 1855 al gobernador de Washington[17]: la madre no se vende.

Una vez que pasamos cerca a Uribia, en dirección a Bahía Portete, entramos de lleno en el desierto. Después de Ahuyama y Carrisal pasando por *Pachaaka*, cerca de Bahía Portete, nos encontramos con los múltiples peajes montados por los niños *wayuu*. Con sus barricadas hechas de cabuya, lazos viejos y retazos de tela y plástico, estos pequeños golpeados por el inclemente sol, se baten y compiten entre ellos para procurarse cualquier dádiva en monedas o en especie. Los mismos conductores de las caravanas recomiendan aperarse en Riohacha de dulces o bolsas de agua para pagar el "derecho de paso". Uno advierte en sus rostros, escondida en la risa, una manifiesta desesperación, que lleva la marca del hambre y la sed. Cada cien metros, inclusive menos, estos niños parecen cobrarle al visitante lo que por siglos a su pueblo se les ha quitado. Este rito del rebusque diario asciende, a los ojos de cualquiera que lo viva, como una alucinación del desierto.

En compañía de Aida Kuast en las dunas de Taroa.
Fotografía de Carol Vásquez.

Cementerio *wayuu*, Jepira, Cabo de la Vela.
Fotografía de Sara Vega Mateus.

Ranchería. Aremasain, Manaure.
Fotografía de María Durier Martínez.

Niños *wayuu* recibiendo agua. Desierto Carrizal.
Fotografía deJudy Milena Polania Alfonso.

Desierto Carrizal, Cabo de la Vela.
Fotografía de Ana María Monzón Duarte.

17 Discurso memorable pronunciado por este viejo sabio *Damish* ante el ofrecimiento del gobierno de los EE. UU. de comprar sus tierras ancestrales: lugares sagrados donde sus hijos debían cuidar lo que les heredaron sus padres y abuelos, y en donde reposaban las cenizas de sus muertos.

DISTAL
7 Capas

Después de pasar *Paachaka* pudimos avizorar el desierto en toda su magnitud. En la Baja Guajira aún se encuentra uno con un bosque seco de mediana altura. El terreno es desértico, pero la presencia de arbustos y trupillos impide la sensación plena de estar realmente en un desierto.

En la tarde, después de siete horas de camino, llegamos a Nazareth. Nos instalamos en donde "los Suárez". Es una casa amplia, rodeada de un solar, en donde hay dos grandes enramadas dispuestas para los visitantes, al lado de la casa principal. La construcción en material difería de la enorme cocina típica de las rancherías de los indígenas. Una empalizada de *yotojolo* enmarcaba un espacio rectangular, en donde se encontraba un mesón hecho de madera y barro, al lado de un fogón de leña. Este fue, durante los dos días que pernoctamos allí, el lugar predilecto para tomar el café cuando despuntaba el amanecer; rito al que se me sumaba la estudiante Carol Vásquez, quien debía recoger información sobre el papel de la mujer *wayuu* en su dimensión ritual[18]. Allí siempre estaba Dora y otras dos o tres mujeres *wayuu* preparando los alimentos, muy dispuestas a conversar, y no faltaban algunas más en su tarea de tejer mochilas. En La Guajira, como en la mayoría de los campos de este extenso y diverso territorio, siempre se conversa alrededor del fogón. Cuentos, historias, anécdotas, situaciones particulares y chismes, son parte del cotidiano.

Al día siguiente, muy de mañana, nos encontramos con los funcionarios[19] del Parque Nacional Macuira[20], quienes nos dieron una inducción para poder entrar al recinto del Parque. Previo a haber pedido permiso a la autoridad indígena de la región, al *pütchipüi* o palabrero, iniciamos el recorrido por la entrada al parque, la cual está conformada por una hondonada en medio de una serranía incipiente, vestida por una vegetación de bosque seco. La particularidad de este sitio es la presencia de agua nacida

Dora, en la cocina en la casa de los Suárez.
Fotografía de Carol Vázquez.

Con Aida y los funcionarios del Parque Macuira. Nazareth, Alta Guajira.
Fotografía de Judy Milena Polania.

Casa del *pütchipüi*. Parque Nacional Natural Macuira.
Fotografía de Álvaro Osmaní Moreno Niampira.

Paisaje entre Uribía y Nazareth.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

18 Para Carol era muy importante todo lo que se hablara con las mujeres *wayuu*, ya que estaba adelantando su trabajo de grado en torno al tema del rito de iniciación en la *majayut* (señorita). Es el conocido encierro, el cual se lleva a cabo cuando las jóvenes tienen su primera menstruación y deben ser preparadas para la vida adulta. Son suspendidas en un chinchorro en la parte alta de una habitación oscura. Dentro de la lógica de las prohibiciones (tabús), para muchos pueblos indígenas, se considera que la sangre de la menarquia es altamente contaminante, como lo son los despojos de los muertos, por eso mismo, la joven no debe tener contacto con el sol ni con la luna, en lo posible no tocar la tierra ni los alimentos. Debe permanecer allí durante meses, según lo considere la familia. En este aislamiento, es educada por su madre o abuela en los pilares del respeto, la honestidad, la responsabilidad, el amor por la naturaleza, así como en el arte de tejer, esencial para la vida de la mujer *wayuu*. Una vez sale del encierro es presentada a la comunidad, estando ya lista para la vida adulta, para ser madre y, de la misma manera que lo hace con el tejido, en condiciones de tejer la vida de su *apushi*, de su clan y su comunidad.

19 Los funcionarios que nos acompañaron fueron Nixon Murillo Ortega, Jhony de los Santos Palmar y Alexander González González. Para acceder al Parque obtuvimos la colaboración de Alfonso Cano, Coordinador del Grupo de Comunicación y Educación de Parques Nacionales Naturales de Colombia, y de Borish José Cuadrado, Director del Parque la Macuira.

20 Como lo explica el lingüista *wayuu* Rafael Mercado, la *Makuira* procede de *makü´ira*, que son las hojas de tabaco, que en La Guajira únicamente crecen en dicha serranía. Es de destacar que, gracias a la generosa colaboración de Rafael, no sólo se logró salvar algunas erratas referidas a las palabras escritas en *Wayuunaiki* sino dudas relacionadas con la cosmovisión de los *wayuu*.

en los altozanos y que escurre como un milagro en el desierto. Esto se explica por la existencia allí de un bosque húmedo muy tupido, a quinientos metros de altura sobre el nivel del mar. Una vez se ha atravesado todo el desierto del departamento, encontrarse con este oasis, infunde una experiencia de gratitud y de alivio. Ver esta hermosa escorrentía de agua lo lleva a uno a la experiencia de que "no todo está perdido". En contraste, fue impactante haber escuchado, por boca de los mismos guardaparques, que hacía más de tres años y medio que no llovía, lo cual era inusual, a pesar de estar hablando de un desierto en donde en buena parte del año comúnmente no llueve. Pese a ello, en La Guajira existe una época de lluvia en el mes de diciembre. Cuando llegan los aguaceros, muchas regiones del departamento quedan aisladas, en virtud de la crecida de los arroyos. Prácticamente se hace imposible la comunicación por tierra con la Alta Guajira.

En ese tramo nos encontramos con la placentera imagen de indígenas con burros cargados de timbos de agua de camino a casa, y con la parafernalia de pájaros chocarreros. Cabe aclarar que el agua, ese líquido vital, en La Guajira tiene una connotación distinta a la que pueda tener en cualquier otro lugar de la geografía nuestra. *In extremis* significa, alimento, cuido de animales, dicho en otras palabras, la salvación. El agua será siempre un llamado a la vida y a la alegría, y más para un pueblo que padece continuamente de sed. Esto explica por qué en su panoplia de dioses, *Juyá* (la lluvia) quizás sea el más venerado, el más amado, el complemento de *Mma*, la tierra. *Juyá* es el procreador, el inseminador de semillas y alimento, el guardián de la vida, y la única –y quizás la última– promesa de prosperidad. Animales, plantas y seres humanos se deben a su presencia milagrosa, a su rayo formidable[21].

Más adelante nos topamos con la piedra de *Wolunka*. Allí, por parte de Aida y luego de un guardaparques indígena, se narró el mito que hace referencia a la procedencia de las gentes *wayuu*. *Grosso modo*, describe la historia de *Wolunka*, que era hija de las deidades *Juyá* y de *Pulowi*. *Wolunka* hace parte del reino de lo sobrenatural y, por característica especial, tiene la vagina dentada. A ella le gustaba ir a bañarse al arroyo de *Wotkasainru'u*, pero a su padre le preocupaba que unos muchachos (los dos mellizos, también provenientes del reino *Pulowi*) la espiaban en su desnudez. Habiendo sido prevenida sobre los riesgos por parte de su padre, ella vuelve y se desnuda para entrar al agua. Uno de ellos, el que tenía la mejor puntería, le lanza una flecha y le tumba los dientes de su

Arroyo de *Wotkasainru'u*.
Parque Nacional Natural Macuira. Alta Guajira.
Fotografía de Carol Vásquez.

Loro comiendo Iguaraya, la fruta del cactus. Yorijarú, Alta Guajira.
Fotografía de María Fernanda Acosta.

Piedra la *Wolunka*. Parque Nacional Natural Macuira.
Fotografía de Judy Milena Polania Alfonso.

21 En relación con la dialéctica de las parejas primordiales se puede consultar: Eliade (1972) quien plantea que la vida es posible gracias a la complementación de las deidades celestes y terrestres, y normalmente representan el vínculo vital de la siembra, la cosecha y la procreación. En la mitología *wayuu* la unión de *Juyá* y *Mma* da por resultado el nacimiento de las plantas y los animales, es decir, constituye la genealogía del alimento de los seres humanos y de la naturaleza en todo su esplendor. *Juyá*, siendo aéreo y masculino, es la integridad de la tierra, que es femenina, por cuanto los cuerpos de agua, asociados indisolublemente a las estrellas, son indispensables para la vida, la cual es incoada por la tierra gracias a su fertilidad (Finol 2015).

vagina. De su sangre derramada en el agua salió el arco iris y, gracias a ello, los pájaros se vistieron por primera vez con sus hermosos colores. *Juyá* vengó esta transgresión encerrando a los mellizos en una roca en el cerro de *Litojolu*. Las otras mujeres semidiosas que había, tenían, al igual que *Wolunka*, sus vaginas dentadas, lo cual hacía imposible la reproducción humana. Pero el acontecimiento hizo que todas perdieran sus dientes, destinados para su castidad, y aquí se marca el comienzo de la reproducción humana sobre la tierra.

En las horas de la tarde pudimos visitar las dunas de arena, lugar al que llegamos tras una caminata bajo un sol tórrido y equinoccial. El sol, refractándose en esa arena deleznable, alcanza a herir la mirada y a atafagar a causa del inmisericorde calor. Tres horas en ese hermoso, pero poco hospitalario lugar, llevan al éxtasis, pero también a la deshidratación.

Del Parque Macuira guardaba yo recuerdos muy difusos de mis viajes anteriores, excepto por el asombro que me ocasionó la primera vez que advertí el que hubiera semejante esponja de agua en medio de la aridez de un desierto. Ese fenómeno adquiere un talante prodigioso cuando uno se entera de que el agua que escurre desde estos bosques se debe al rocío que capta la vegetación de los vientos que habitualmente vienen del este. La serranía sirve como un papel secante para atrapar la humedad oceánica, arrastrada por el viento (*Joutai*). Para los *wayuu*, gracias a los dones de *Juyá*, *Mannuuya* (el rocío de las nieblas) impregna las ramas de los árboles y arbustos, y desciende (a través del arroyo de *Wotkasainru'u*) como ambrosía divina para saciar su sed, humedecer sus huertas y alimentar sus ganados.

El mismo día por la tarde fuimos a entrevistar a Eulalia Uriana, *piache*[22] centenaria que practica la medicina tradicional *wayuu*. La encontramos sentada en su chinchorro, en un estado de ensimismamiento sereno. El estar sentado, pose característica del buen sabedor, atesora una profunda simbología, tal como lo revela con tanta fuerza el profesor Fernando Urbina a través de su sesuda investigación sobre los petroglifos del río Caquetá, los hombres canasto, los que guardan en su interior el pensamiento "que penetra en lo profundo", los poseedores de la palabra sagrada, se caracterizan por su postura sedente, propia de quien está conectado con la Madre Arcaica y con la vibración primera (Urbina 1994).Tener contacto con esta mujer, ya ciega por la edad, se convirtió para mí en ese ir a lo más originario y vernáculo, al corazón del mundo. Ella le debe sus visiones a los sueños[23], los cuales le acompañaron desde muy niña. Gracias a ellos el mundo de los espíritus le hizo saber, desde el comienzo de sus viajes, que debía ser la mujer del encantamiento. Sus palabras quedaron resonando en los oídos de todos los que tuvimos

Dunas de arena. Parque Nacional Natural Macuira.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

Eclipse lunar, Nazareth.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

Eulalia Uriana, Outsü o mujer medicina. Nazareth, Alta Guajira.
Fotografía de Álvaro Osmani Moreno

22 Se conoce vulgarmente como *piache* a los hombres y mujeres medicina. Son, respectivamente el *outshi* y la *outsü*, los encargados de tratar las enfermedades de los *wayuu* y de devolver el equilibrio de la naturaleza para el bienestar de todos. De este modo, a través del sueño (*Lapü*) se comunican con los espíritus y las entidades sobrenaturales, pudiendo así prevenir las malas cosechas, alejar a los malos espíritus, convocar la lluvia, evitar todo tipo de calamidades, y la misma muerte.

23 El mundo-otro de los indios Guajiro se revela a través de los sueños. Para el *wayuu* toda su vida está orientada por la dimensión mágica del mundo onírico. Es a través de ellos que se obedece al más allá, a los consejos y recomendaciones de los ancestros, es la puerta expedita al reino de los espíritus auxiliares. El chamanismo, como práctica común de los *wayuu*, está estrechamente ligada al favor de lo que se revela desde el corazón del misterio, en donde los espíritus de los familiares fallecidos (*seyuu*), las plantas y los animales se convierten en guías esclarecedores. Son estos ancestros el apoyo frente a la constante amenaza del infortunio. Michel Perrin, etnólogo francés que vivió algunos años con los *wayuu*, ahonda en este tema en su tesis doctoral, orientado por Lévi-Strauss. De su investigación sale el libro *Los practicantes del sueño* (1997).

el privilegio de conocerla. Lo paradójico de su mensaje, a la vez que desgarrador, es un llamado desesperado a la humanidad para que no deje morir de sed a la *Makuira* y a sus hijos los *wayuu*. No es un azar que esa misma noche pudimos presenciar, en todo su esplendor, un asombroso eclipse lunar, en medio de la Serranía de la *Makuira*, en el corazón de lo que traduce: la "Serranía madre de la cultura *wayuu*". La entrevista de Eulalia discurrió en las últimas horas de la tarde, cuando reinaba un color amarillo rojizo, que intensificaba los matices del desierto, era una luz supremamente diáfana que atravesaba todo el ambiente, lo cual hacía que se intensificara en mí la intuición de que estaba ante alguien que gozaba de una sabiduría especial, de un conocimiento arcaico, revelador, que era una verdadera abuela conocedora de los misterios de la naturaleza y del mundo de los *seyuu* (espíritus), riqueza originaria que nos estaba siendo revelada en el espacio y en el momento propicios.

Ya años atrás, varias *outsü* me hicieron conjuros, me proveyeron de *lanias* (amuletos), que a lo largo de la vida, me protegerían de envidias y toda suerte de peligros. Yo siempre he creído en el poder del conjuro del chamán y en la fuerza acérrima y misteriosa de la naturaleza, quizás por eso conservo esos objetos de poder, y les doy las gracias. El animismo, tal como lo plantea Joseph Campbell, es quizás la forma más arcaica de religión que existe; y acá, en este trópico amplio y delirante, en un pedazo de nosotros, pervive una raíz que se pronuncia altiva ante la más férrea racionalidad heredada –o impuesta– de Europa. A propósito de supersticiones, aún recuerdo algunos episodios del viaje que en 1991 realizamos a la Alta Guajira con nuestra experimentada guía Aida Kuast, al sitio en donde las sirenas llaman a los *wayuu*, en las cercanías de cabo falso, si bien no recuerdo a dos o tres horas de Nazareth. Este viaje lo realizamos con el arqueólogo y músico Jean Guarneri y la que fuera mi pareja, la artista Claudia García. Varias cosas pasaron en esa travesía. La primera, está relacionada con una experiencia que, en un comienzo parecía producto de un estado esquizofrénico, relacionada con la incertidumbre que nos generó el haber recorrido un camino que se hizo diferente en el momento del regreso. De ida transitamos por un camino sinuoso y zigzagueante, lleno de arbustos y obstáculos. Ya de regreso notamos que habían desaparecido éstos del camino. De repente nos encontramos andando por una vía bien trazada y siempre en línea recta. No entendíamos lo que sucedía, llegamos incluso a pensar que nos habíamos equivocado de camino, hasta cuando advertimos que, por arte de magia, estábamos en plena pista de aterrizaje en el mismo momento en que una aeronave frente a nosotros se disponía a decolar. A los pocos metros vimos un camión al lado de la pista, con no menos de treinta hombres, bien aperados con armas largas. Dada la situación tan embarazosa, decidimos seguir nuestro camino sin detenernos, asumiendo una disimulada tranquilidad, intentando fingir que no habíamos visto nada extraordinario.

Una vez en Riohacha, dos días después, dos hombres nos abordaron en el hotel para exigirnos que les entregáramos los rollos fotográficos que llevábamos con nosotros, solicitud que, por recomendación de nuestra guía, obedecimos sin contemplaciones. Supimos que habíamos estado en el exacto momento y lugar en el que una aeronave, seguramente al servicio del narcotráfico, partía con algún encargo para un destino desconocido. Lo más lamentable del asunto es que, en virtud de este acontecimiento, perdimos las fotos de nuestra visita al lugar en donde, según Aida, los indios *wayuu* iban a lanzarse al mar en procura de las sirenas. Cabe resaltar que ella nos tenía habituados a este tipo de historias, las cuales, estando en medio del desierto era muy difícil no asumirlas enteramente como reales. Aún recuerdo estar visitando sitios *Pulowi*[24], es decir, lugares que para los *wayuu* eran sagrados y que, de no ser por ciertas observancias (tabús),

Eclipse lunar, Nazareth. ◆
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

Noche de luna llena, Bahía Hondita. ▶
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre

24 *Pulowi* es una de las esposas de *Juyá*, es definida como un ser hiperfemenino estático y múltiple normalmente está asociada a lo seco y subterráneo. Se le atribuyen un poder sobrenatural y temible.

especialmente por los cazadores, podían llegar a ser altamente peligrosos. Allí habitaban los *wanulus* (seres portadores de enfermedades, que flechan a sus víctimas, casi siempre asociados a los *alijunas* o blancos), los *yolujas* (sombras o espíritus de los muertos, que por no haber hecho el paso al más allá –*Jepira*–, pueden ser altamente contaminantes), los *ke'eralia* (espíritus peligrosos y muy temidos, de ojos fogosos, que penetran a hombres y mujeres), los *akalakui* (enanos bravíos, cargados con poder). Basta juntar a una narradora inspirada como Aida con unos visitantes nostálgicos de lo sagrado, para que ocurran toda clase de hechos sobrenaturales.

El lugar en donde las sirenas atraían con su hermosura y con sus cantos a los *wayuu,* era una enorme laja de roca que, a manera de rodadero, entraba oblicuamente al mar abierto. Esto hacía que se presentara un encuentro dramático con las olas embravecidas, que alcanzaban un gran tamaño y se atropellaban estrepitosamente contra la fabulosa piedra, provocando un sonido amedrantador. Una vez sobre ella, deambulamos maravillados, sin

hablar, hasta perder todo vínculo con la temporalidad, inclusive llegando a sentir la irresistible atracción que provocaba ese mar melancólico y turbulento. En ese instante comprendí por qué, según nuestra nigromante guía, muchos indios al borde del delirio, en estado de encantamiento, se lanzaban a las fauces del océano, en busca de sus sirenas misteriosas.

Al día siguiente fuimos a visitar el internado de Nazareth, institución educativa de los misioneros italianos capuchinos, fundado en 1910. Hasta el día de hoy se ha mantenido como uno de los centros educativos más importantes de la Alta Guajira. Su labor fue y ha sido muy cuestionada, por cuanto a los niños y niñas que se encontraban allí se les prohibía hablar su lengua nativa, el *Wayuunaiki*, del mismo modo que eran reprimidos sus apegos a sus tradiciones y creencias, como por ejemplo el uso de la ropa tribal. En un momento dado fue un instrumento de evangelización muy efectivo y, por ende, de avasallamiento de la memoria del pueblo *wayuu*. Gracias a la constitución del 91, artículo 7, se dio por primera vez en Colombia el primer gran paso para lograr que se comenzaran a respetar los usos y costumbres de los pueblos indígenas. Hoy en día se ha permitido que hagan presencia en el colegio profesores autóctonos *wayuu*, los cuales imparten las clases en su lengua nativa y enseñan los mitos y los conocimientos que los viejos guardan en la memoria sobre su territorio y sus gentes.

Entrevistamos a varios profesores del internado. En su mayoría hablaban con orgullo de lo que significaba poder enseñar en la lengua *Wayuunaiki* y tener la posibilidad de contar sin restricciones aquellas historias adormecidas por la amnesia obligatoria de la evangelización. Pese a ello, es indudable que el modelo educativo que prevalece, no sólo allí sino en la mayoría de los colegios del territorio *wayuu,* es el instituido por la cultura oficial, venida de los *alijunas*. La llamada etnoeducación, por muy bien intencionada que sea, en el mejor de los casos, es de alguna manera permeada por la educación impuesta por la sociedad occidental o, en última instancia, termina siendo subsidiaria de ella, en la medida en que la cultura de los grupos étnicos minoritarios forzosamente, dentro de la lógica del sistema, es llevada a unificarse y a alinearse con lo que viene de las metrópolis[25]. De todos modos, en este orden de ideas, el escenario no es

Internado de Nazareth.
Fotografía de Judy Milena Polania.

Internado de Nazareth.
Fotografía de Judy Milena Polania.

Carol Vásquez junto a los niños en el Internado de Nazareth.
Fotografía de Álvaro Osmani Moreno.

Hostal de Luz Mila Arens. Punta Gallinas.
Fotografía de María Fernanda Acosta Convers.

25 Tal como en repetidas ocasiones lo ha puesto de presente William Ospina en sus distintos ensayos y libros: es preocupante que en un país con tanta diversidad cultural, que cuenta con la fortuna de albergar entre sus fronteras más de 80 etnias indígenas y cerca de 65 lenguas vivas, los valores que se irradian "irrestrictamente" y en forma predominante por los medios de comunicación, y en especial por la televisión, son los relacionados a la "cultura única". Este universalismo cultural, también permea a la educación y tiene como fuelle el sueño compartido de una sociedad, en donde los valores que priman son los gustos en serie, las acumulación y el consumo desbordado. Ese es el mensaje que se difunde no sólo a los ciudadanos que habitan las principales ciudades del país, sino a los que están en poblados, caseríos, villorrios, tambos, rancherías, bohíos, casitas campesinas, habitados también por afrocolombianos, mestizos, mulatos, raizales, y gentes procedentes de las más prodigiosas combinaciones. Parafraseando a Ospina, este maravilloso país, no está compuesto en su gran mayoría por las personas ni las familias que se izan como las únicas y las más verdaderas en los medios de comunicación, atiborradas de bienes de consumo y encauzadas hacia un sueño de felicidad centrado en el tener y en la frenética competencia en pos del "éxito".

muy distinto que aquel descrito por Galeano en *Las venas abiertas de América Latina*, en donde los indios son diezmados en forma escalofriante por ser, en el plano de la superestructura, un estorbo y un freno al desarrollo.

Algo realmente positivo de la visita al internado es el haber encontrado profesores como Elímenes Zambrano González, Ramona Iguarán Iguarán y estudiantes como Emerson González y Joel Enrique González, que le permiten a uno comprender que el escenario de La Guajira, a pesar de la rigidez de una sociedad que se impone como paradigma, no sólo a través de un modelo político y económico venido de ultramar, sino por una ética normalmente alejada de la naturaleza, encuentra uno voces positivas, encendidas por una memoria viva, conscientes de su pasado y de los compromisos y retos que les impone un futuro tan incierto.

Posteriormente fuimos a conocer a la gente de la Asociación *Wayuu Araurayu*, liderada por Irma Beatriz Iguarán Uraliyuu, y a quien entrevistamos ampliamente. Ella nos puso en conocimiento de las principales problemáticas que afrontan los *wayuu* en la Alta Guajira, en especial sobre el flagrante abandono que padecen por parte del Estado colombiano. Ellos, precisamente inspirados por las bondades de la constitución del 91, han realizado una importante labor con los indígenas de la región, específicamente en los siete corregimientos de la zona norte extrema de la Alta Guajira. Su tarea ha estado orientada a proteger y perpetuar los usos y costumbres del pueblo *wayuu*, su autonomía territorial y la defensa de sus derechos, ante la recurrente desidia de los entes gubernamentales y de muchos *wayuu* que, con ansias de poder, se prestan para el chantaje. Así mismo, han desarrollado a lo largo de 26 años un trabajo de recuperación del conocimiento ancestral, depositado en los viejos sabedores, *outs*, palabreros, abuelos y abuelas, para poderlo poner al servicio de las nuevas generaciones. Para ello han desarrollado un trabajo orientado a la educación, la investigación y la comunicación. En este sentido en particular, se destaca el trabajo desarrollado por la Emisora *Ecos de la Makuira*, cuya directora es María Tránsito Iguarán. Ella precisamente nos contó sobre la naturaleza de la emisora y de su papel en la transmisión de los conocimientos, de las artes y la cosmovisión *wayuu,* depositados en sus mitos y en sus cantos (*Jayechi*).

Ese mismo día dejamos Nazareth rumbo a Bahía Hondita, en donde nos quedamos dos noches en un rudimentario pero cómodo hotel, en la ranchería de Luz Mila Arens, al lado de un hermoso estuario, el cual, treinta años atrás, yo había visto lleno de manglares. Hoy en día, seguramente debido al paulatino calentamiento de los mares y su progresiva acidificación, no quedan sino unos ínfimos parches dispersos por la ensenada. Yo no podía creer que ese paraíso alucinante, que algún día me maravilló, llegase a mermar de esta manera o, incluso, desaparecer. Pero actualmente, en lo referente a la pérdida de la riqueza de la biósfera, todo es posible. No pude evitar que

una nostalgia, teñida de magníficos recuerdos, me sobrellevara. También de ese lugar recuerdo al legendario Jacobito, un indio *wayuu*, que usaba un sombrero de mariachi, tenía terciadas sus dos cananas llenas de municiones y lo miraba a uno por debajo del ala del sombrero, sin que uno pudiese mirar de frente sus ojos, ya que unas grandes *Ray-ban* se interponían ante cualquier intento de comunicación visual. Era una imagen un tanto surrealista. Se sentía uno en el desierto de sonora, o algo así. En dicha época las guerras interclánicas eran frecuentes, y muchos indígenas permanecían armados y rodeados de sus familiares más cercanos (*apushi*). Incluso, era frecuente encontrar barricadas de palos y arbustos por los caminos, anunciando al viajero que, de seguir, estaba entrando a un territorio vetado para quien no fuera amigo de ese clan, y que por lo tanto, corría peligro.

Desde este lugar, en los dos días por venir, emprendimos varias expediciones. La primera fue a la escuela de Bahía Hondita, en donde pudimos ver a los niños en su faena diaria. A diferencia de los estudiantes que estaban en el internado de Nazareth, los de acá contaban con unas precarias instalaciones, prácticamente recibían clases en una enramada en medio del desierto. Pero a la vez, sabía que, al ser educados lejos de los casilleros intelectuales y confesionales de los capuchinos, estarían más cerca de las voces de sus abuelos y de los susurros de la naturaleza. Cuando escuchaba a la profesora hablarles en *Wayuunaiki*, sabía que una buena parte de la historia de su pueblo flotaba en esa enramada (*lüma* – en donde se maneja la palabra), en esas palabras arrulladas por la memoria. Pero no solamente eran educados por su profesora, sino, de alguna manera, también por el grupo de mujeres tejedoras, que tenían allí el asiento mismo de la organización de tejedoras de Bahía Hondita. Ellas se reunían diariamente a tejer mochilas y chinchorros principalmente. Pero, bien se sabe que el *wayuu* al tejer hilos de lana, teje palabras, ata historias –sagradas y profanas–, aúna los seres –ancestros fundacionales, plantas, animales y seres humanos– a la comunidad de los vivos y los muertos, en un espacio-tiempo que hace circular y siempre presente.

Al día siguiente, fuimos a presenciar la liberación de tortugas por parte del líder ambientalista *wayuu* y monitor de tortugas, Wilford Arends, quien nos explicaba sobre la importancia para ellos de cuidar los huevos de estos hermosos reptiles en peligro de extinción. Según él, estaba siendo consecuente con el mandato de los mayores, quienes habían decidido imponer un castigo a quien incurriera en dicha falta, no para el culpable que actuara individualmente, sino para toda la comunidad. La tortuga está en peligro a raíz de la caza indiscriminada, la pesca por arrastre y la extendida costumbre por la costa caribeña de comerse los huevos con propósitos, dizque afrodisiacos. Según él, su trabajo nace de un verdadero compromiso de la comunidad por preservar lo que los hace verdaderamente *wayuus*, es decir, ser parte de la naturaleza.

Bahía Hondita.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

Escuela de Bahía Hondita.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

Escuela de Bahía Hondita.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

Organización de Tejedoras de Bahía Hondita.
Fotografía de Judy Milena Polania.

Liberación de tortugas, Bahía Hondita.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

De allí salimos a observar un ritual de "lloro" (*a'yalajaa*), el cual se iba a llevar a cabo en la ranchería de Lilia Wariyú, al cumplirse los tres meses de muerto su esposo. Este evento hace parte, en este caso, del tributo que rinden los familiares y amigos al difunto en su primer entierro, es decir, en su camino inicial al *Jepira*, que, según los mismos *wayuu,* constituye la entrada al mundo del más allá, el lugar de comunión de todos los espíritus, antes de partir definitivamente a la vía láctea o al camino de los indios muertos (Perrin 1980). Es por esta razón que los *wayuu* realizan un segundo entierro, para darle el adiós definitivo a sus seres queridos, en el momento de abandonar el territorio que los parió. Tanto en el primero como en el segundo entierro, se establece un ritual de fuerte connotación social, por cuanto es en estos momentos que los *wayuu* afianzan sus lazos de solidaridad y de reciprocidad, tanto con los *apushi* (familia cercana), como con los miembros del clan y los amigos cercanos. La familia da las gracias, compartiendo generosamente sus animales para ser consumidos por todos en la ceremonia, junto con la bebida y el tabaco, todos comprometidos con la deuda del afecto, diciendo en el momento postrero, que le entregan a *Maa* a otro de sus amados hijos. En el lloro se ven normalmente a las mujeres plañideras al lado del féretro o de la tumba, emitiendo lloros lastimeros, expresando el dolor que les causa la muerte de su ser querido; para ello se cubren la cara con una tela. En este lloro, al que se nos permitía asistir, nos encontrábamos en una situación muy particular y paradójica. Se suponía que estábamos en medio de un duelo emocional, ceñido de dolor, pero nos encontrábamos extasiados en un lugar paradisiaco. Estábamos en una especie de saliente elevada frente al mar, en donde se veían las mujeres llorar, y como telón de fondo, un paisaje monumental y radiante, con un océano multicolor, preñado de poesía. Eran la vida y la muerte en un encuentro paradoxal y único.

Al día siguiente aprovechamos para visitar las dunas de Taroa, el faro de Punta Gallinas y Punta Agujas; y, antes de partir al Cabo de la Vela, tuvimos la fortuna de conocer el estuario en donde "meditan" los flamingos rosados. Por el camino nos detuvimos a conocer el Parque Eólico de *Jepírachi*[26], el cual, para sorpresa nuestra, supimos por testimonio de los mismos conductores, que no produce ni un solo vatio para la comunidad *wayuu*. Uno ve cerca de ahí una especie de poblado fantasma, completamente inusual en La Guajira, por cuanto se ven postes de luz y cableado eléctrico. Pero lo usual para nosotros, a esta altura del viaje, era darse cuenta que esta acometida eléctrica, entendida como la prestación de un "servicio público", fuera puro adorno. Estas torres que aprovechan los vientos alisios, son una especie de elefante blanco que, desde el 2004, cuando fue construido el complejo, da la impresión de poner a Colombia en la línea de la tecnología

Ayulaa o segundo entierro *wayuu*.
Fotografía de María Fernanda Acosta Convers.

Cementerio en la Ranchería de Lilia Wariyú.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

Parque Eólico de *Jepírachi*.
Fotografía de Judy Milena Polania Alfonso.

Lloro en la Ranchería de Lilia Wariyú.
Fotografía de Guillermo Camargo Maestre.

Flamencos, Laguna Navío Quebrado,
Santuario de Fauna y Flora los Flamencos, Camarones.
Fotografía de Sara Vega Mateus.

26 Este proyecto es de Empresas Públicas de Medellín (EPM). Quizás desde sus inicios tuvo un propósito claro de ayudar paralelamente al desarrollo de la región al tiempo que generaba dividendos en otras regiones, pero los *wayuu* aún esperan el milagro.

de punta ante la crisis de los combustibles fósiles, pero la riqueza que produce, como en muchos otros casos enumerados anteriormente, se lleva para otros territorios antes que beneficiar a los autóctonos –literalmente, los nacidos de la tierra–.

Cuando íbamos llegando al Cabo de la Vela me vi –no tan gratamente impresionado– ante un fenómeno altamente desilusionante: el espectáculo bochornoso de la invasión conquistadora del mercado del turismo: la intrusión agresiva del turismo masivo, en un lugar sagrado. Lo que para mí hace casi treinta años era uno de los parajes más hermosos y cargados de magia que jamás hubiera conocido, umbral del territorio más venerado por la tradición *wayuu*, el *Jepira*, por donde sus muertos se despiden de la tierra madre para su viaje definitivo al cosmos infinito, ahora estaba convertido en un poblado desordenado, enfocado única y exclusivamente al turismo intensivo. Nos encontramos con dos hileras de casas, surcando toda la bahía, en donde se sobrepujaban los anuncios publicitarios para invitar al turista a toda clase de exóticas aventuras por los lugares más sugestivos del Cabo. De cada lugar salía, como una competencia de ruido ensordecedor, música de todos los géneros: champeta, reggaeton, tropi pop, bachata. Curiosamente no se escuchaba casi vallenato, el género musical que tiene por cuna este territorio. Había un abanico de deportes playeros, carpas para el día, bebidas y todos los adminículos propios de un típico paraje turístico caribeño. Al instante, dado el *shock* que esto me generaba, recordé la primera vez que visité este lugar, en mi primer viaje a La Guajira con mi amigo Álvaro de la Mina. Solamente existían dos o tres ranchos. Uno era el de Sarita Gómez, el cual quedaba al final de la ensenada, sobre el Cerro *Pantus,* lugar elevado desde del cual se tenía una panorámica irreal del Cabo de la Vela. Parecía un cuadro pintado en las cascadas de la imaginación. El otro, era la casa de Mena Gómez Ipuana, que contaba con una *lüma* (enramada), para colgar los chinchorros para pasar la noche. Todavía tengo presente en la memoria una noche platinada, cuando arribó un cuatropuertas –como llaman los guajiros a los jeeps que surcan el desierto– con cuatro hombres costeños muy jacarandosos. Nos saludaron muy cálidamente y nos invitaron a unas dos o tres rondas de ron, a lo cual accedimos gustosamente. Cuando menos pensábamos, estaban bajando del carro unos instrumentos musicales, y de repente tuvimos la fortuna de ver a unos trovadores vallenatos, componiendo melodías, en medio de este sugestivo rincón de La Guajira. Después de muchos años volví a encontrar en la película de Ciro Guerra *Los viajes del viento*, la poética de esta experiencia inolvidable, acontecimiento que me llevaría a descubrir, hasta el día de hoy, toda la grandeza de la música sabanera y vallenata.

Lo que más inquieta de este turismo invasivo instalado en el Cabo, es que no constituye un negocio que beneficie en forma justa y directa a los *wayuu*, pues son empresas administradas desde el interior del país, en su mayoría por colonos paisas y costeños. Los *wayuu* simplemente aprovechan la situación para vender sus artesanías y bebidas

Emplazamiento de negocios playeros en el Cabo de la Vela.
Fotografía de Judy Milena Polania.

Emplazamiento de negocios playeros en el Cabo de la Vela.
Fotografía de Judy Milena Polania.

Emplazamiento de negocios playeros en el Cabo de la Vela.
Fotografía de Judy Milena Polania.

en neveras de icopor, que cargan en pos de los turistas. Pero quizás lo que más genera estupor, es el hecho de ver que, para mantener este próspero negocio, resulta necesario transportar grandes cantidades de agua en carrotanques desde Riohacha, y se encuentra uno con la absurda realidad de los *wayuu*, que impertérritos, presencian este espectáculo de derroche irresponsable, en medio de su sed.

Estando en el Cabo hicimos dos visitas importantes, la primera fue al lugar en donde, según la tradición *wayuu*, queda el territorio sagrado del *Jepira*, el punto de partida de los muertos al más allá, una vez se les ha realizado el segundo entierro[27]. Allí, en el *amuyuu* (cementerio), realizamos las grabaciones que estaban previstas, pasamos por el cerro Pilón de Azúcar, desde donde se ve en toda su magnitud la columna montañosa que se dirige al mar, el trampolín para que los espíritus (*Seyuu*) finalmente se despidan de la vida terrenal. Es imposible no sentir en este lugar la carga de los siglos, y también el peso del silencio –y que hoy se convierte en gritos– sobre la trágica historia de este territorio y sus pobladores…

Al día siguiente fuimos a conocer la Organización de Tejedoras *Kayussipaa*. Allí entrevistamos a María Concepción Ospina, su fundadora y directora. Una mujer laboriosa y emprendedora, que nos permitió registrar y entender cuál es la importancia de las redes de tejedoras en La Guajira, pero también develar cuáles son sus limitaciones. En general, uno encuentra que son proyectos que sobreviven gracias al tesón de esas mujeres paradigmáticas, formadas por la rudeza del desierto, por los lazos de solidaridad y con una inaudita capacidad de resiliencia –adaptación a su entorno y a sus condiciones de vida–. Entrevistándola en su modesto pero bello taller –armado a la vieja usanza *wayuu*–, uno encuentra en ella, en calidad de líder comunitaria, en sus palabras y en sus acciones, la razón de ser y la explicación del tesón de la mujer guajira. En este territorio se educa a los niños con la palabra bien dicha, pero, sobre todo, con el ejemplo.

Acá en el Cabo de la Vela nos reunimos con el otro grupo de grabación, liderado por los profesores Carlos Santa Cruz y Andrés Novoa, quienes venían de la Baja Guajira de realizar el itinerario que se había acordado desde Bogotá. Ya de regreso a Riohacha pasamos nuevamente por el desierto de Carrisal. Allí tuvimos un encuentro con una caravana de *wayuus* con sus burros. Nos detuvimos a darles las dos últimas cajas de provisiones que nos quedaban, destinadas a los indígenas que visitáramos. Supimos que eran los integrantes de una familia, que venían de una travesía de muchos días, después de asistir al entierro de uno de sus familiares. En ese momento les faltaban muchas horas de camino y no tenían comida ni bebida. Realmente allí, reunidos los dos grupos de

María Concepción Ospina.
Líder de la Organización de Tejedoras de Kayussipaa.
Fotografía de Carol Vásquez.

Organización de Tejedoras de Kayussipaa.
Fotografía de Carol Vásquez.

Cabo de la Vela.
Fotografía de Ana María Monzón Duarte.

Familia *Wayuu*, Desierto Carrizal.
Fotografía de Judy Milena Polania Alfonso.

27 Afortunadamente, dentro de los planes turísticos que ofrecene en la playa a los visitantes, todavía no se contempla este nuevo exotismo. No faltará el genio que algún día encuentre en esta oferta el elixir de los dólares.

expedicionarios, sintiendo el calor y la gratitud de esa familia *wayuu*, le dimos realmente un adiós al territorio de La Guajira. Ya en Riohacha, antes de viajar a Bogotá, camino a realizar unas entrevistas a pescadores, a manera de broche de oro, nos encontramos con la desoladora realidad del río Rancherías, que moría veinte metros antes de llegar al mar. Ese río, que otrora había visto yo arremeter contra el mar, con sus aguas cristalinas, ahora se había convertido en un río agonizante y lleno de basuras. En el año 2010 se construyó el Proyecto de la Represa *El Cercado*. De esa fecha para acá, los indígenas *wayuu* que vivían a lo largo del cauce y que se servían de sus aguas para subsistir, se vieron damnificados en forma rotunda por la escasez de agua. A partir de ese momento se recrudecieron las condiciones de vida de dichas comunidades, hasta el punto que se le asocia en forma directa a dicho proyecto el que muchos *wayuu* estén padeciendo hambruna, teniendo en cuenta que carecen de agua para alimentarse y regar sus cultivos. El represamiento del agua, varios kilómetros arriba, está conectado con el incremento de los niveles de morbilidad de los niños y niñas. Esta es la contradicción más aterradora de nuestro viaje: el ver que la poca agua que tienen los *wayuu*, es utilizada prioritariamente para uso de la mina del Cerrejón y para beneficio de los latifundios de monocultivo que se encuentran en los alrededores de la represa. Se supone, que a los *wayuu* se les prometió que de ese proyecto se beneficiarían ocho municipios cercanos; promesa que nunca se hizo realidad. La corrupción política y administrativa se convirtió, una vez más, no sólo en una causal de desequilibrio ambiental, sino en un detonador de morbilidad en La Guajira[28].

De este viaje, es imposible no decirlo, nos queda una sensación de ambigüedad, entre la maravilla y la indignación. Por un lado, el sentimiento de haber realizado un trabajo edificante de documentación sobre la realidad de La Guajira de hoy, permitiéndole a los estudiantes que participaron en dicha experiencia, como a la comunidad académica en general, una apertura en su comprensión de la Colombia profunda, de ese país que nos habla desde la realidad de su historia, trágica en su mayoría, pero extraordinaria en su contraparte, ayudándoles a ver realidades que tienen a su lado y no siempre reconocen, precisamente por el poder de ocultación que funciona mediáticamente, el mismo que lleva normalmente al ciudadano a creer que él es un simple espectador y no un actor de esta historia. Así mismo, guardamos la grata impresión de haber compartido maravillosos momentos con la gente *wayuu*, cultura ancestral, pletórica de conocimientos y de una aquilatada sabiduría oral, de conocerlos en su exuberante mundo mágico y religioso, de verlos resistir dignamente, en su tenacidad por la defensa de la vida, la cual, por momentos se les hace esquiva.

Equipo de filmación observando en Riohacha la no desembocadura del Río Rancherías. ◆
Fotografía de Álvaro Osmani Moreno.

Ranchería Nortechon, Uribia.
Fotografía de Diego Alejandro Pérez Morales.

Ranchería Nortechon, Uribia. ▶
Fotografía de Sara Vega Mateus.

28 Para entender mejor esta problemática se sugiere ver el documental *El río que se robaron*, del periodista Gonzalo Guillén.

Por otra parte, nos queda el sinsabor de haber visto la crudeza de tanta injusticia social que se cierne sobre este departamento: ese *sino* trágico que los acompaña, que no nace tanto de las inclemencias climáticas, inherentes a un determinismo geográfico, o de taras culturales, como algunas veces se quiere hacer ver, como de la insensibilidad humana, de la indiferencia de los entes gubernamentales, del sector económico y de la sociedad civil en general. A los ojos de cualquiera que visite La Guajira, es incontestable que el pueblo *wayuu* se debate en una condición realmente lamentable, decididamente ignorada por los distintos entes gubernamentales –y por gran parte del pueblo colombiano–, pero, por sobre todas las cosas, que es un pueblo hermano, pero huérfano de patria. Esta constatación no es otra cosa que la cruda revelación de que lo político en su dimensión más profunda, en nuestro país, aún no se asume en su sentido originario, tal como lo propone Raimon Panikkar (Para ahondar en ello recomiendo consultar este autor, 1999): el de estar inmersos en una totalidad, en la que el *otro* –sea planta, animal, ser humano o naturaleza– pueda *existir*, *estar* y *ser*, como bien quisiéramos que –dicha bondad– fuera para nosotros mismos o para nuestros hijos.

Referencias

Acerca del pueblo wayuu. 2011. Problemáticas actuales del Pueblo Wayúu. Consultado en: http://pueblo*wayuu*.blogspot.com.co/2007/01/problemticas-actuales-del-pueblo-wayu.html

Arocha, J. y N. Friedemann. 1982. *Herederos del jaguar y la anaconda*. Consultado en: http://www.banrepcultural.org/node/19051

Bauman, Z. 2005. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.

Benson, A. 2011. La Guajira y El Cerrejón: una historia de contrastes. *Revista Económica Supuestos*. Consultado en: http://web.archive.org/web/20140221065721/http://revistasupuestos.uniandes.edu.co/?p=1517

Cerrejón, 2016. Indicadores. Consultado en: http://www.cerrejon.com/site/sala-de-prensa/cifras-cerrejon.aspx

Eliade, M. 1972. *Tratado de historia de las religiones*. México: Ediciones Era.

Finol, J. 2015. Mito, concepciones del cuerpo y yonna *wayuu*. Consultado en:

http://www.joseenriquefinol.com/v4/index.php/articulos/articulos-en-espanol/15-mito-concepciones-del-cuerpo-y-yonna-*wayuu*

Lipovetsky, G. 2007. *La felicidad paradójica*. Barcelona: Anagrama.

Panikkar, R. 1999. *El espíritu de la política: homo politicus*. Barcelona: Península.

Perrin, M. 1997. *Los practicantes del sueño. El chamanismo wayuu*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Perrin, M. 1980. *El camino de los indios muertos: mitos y símbolos guajiros*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Urbina, F. 1994. El hombre sentado. Mitos, ritos y petroglifos en el río Caquetá. *Boletín Museo del Oro*. Consultado en: http://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/bmo/article/view/6989

Vázquez, J. 2013. Análisis de los informes de sostenibilidad de RSE en las organizaciones: Carbones El Cerrejón y Cerro Matoso para los años 2010 y 2011. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas. Consultado en: http://repository.javeriana.edu.co/bitstream/10554/11066/1/VasquezGarciaJorgeIvan2013.pdf

Vitola, L. 2015. Minería irresponsable en el cerrejón efectos sobre la nación *wayuu*. Consultado en: http://repository.unimilitar.edu.co/bitstream/10654/13836/2/MINERÍA%20IRRESPONSABLE%20EN%20EL%20CERREJÓN%20Y%20EFECTOS%20SOBRE%20LA%20NACIÓN%20WAYÚU.pdf

Los profesores Carlos Santacruz y Andrés Novoa con Ana María Monzón y niños Wayuu en la Ranchería de Aremasain, Manaure.
Fotografía de María Durier Martínez.

Equipo de grabación y funcionario PNN Macuira.
Fotografía de Álvaro Osmani Moreno Niampira.

Rumbo a Jepira en Lancha. Carlos Santacruz, Álvaro Moreno y estudiantes de espaldas.
Fotografía de Juan Pablo Rodríguez.

Juan Pablo Rodríguez y Carol Vázquez.
Fotografía de Álvaro Osmani Moreno

Equipo de grabación en la casa de Conchita Ospina. Cabo de la Vela.
Fotografía de Judy Milena Polania.

Guillermo Camargo Maestre. Bahía Hondita.
Fotografía de Carol Vázquez.

De izquierda a derecha: Judy Milena Polania, Aida Kuast Iguarán y Leonardo Otálora.
Fotografía Carol Vásquez.

Equipo de grabación y funcionario PNN Macuira.
Fotografía de Álvaro Osmani Moreno Niampira.

Daniel Torres, Jaime Bonilla y Carlos Martínez.
Fotografía de Juan Pablo Rodríguez.

Ranchería Aremasain, Manaure.
Fotografía de Diego Alejandro Pérez Morales.

Un alto en el camino a Nazareth.
Fotografía de Álvaro Osmani Moreno.

GAP

Este libro editado por la
Universidad de Bogotá
Jorge Tadeo Lozano
se terminó de imprimir
en el mes de diciembre de
2016

UTADEO
UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO
www.utadeo.edu.co

El libro *Tü natüjalakat wayuu*: Lo que saben los wayuu, como su nombre lo indica, es un encuentro de voces, un diálogo de saberes, que emerge desde el seno del mundo wayuu y la mirada del blanco (*alijuna*), respecto a un mismo propósito: destacar la sabia cosmovisión de los indígenas wayuu en medio de la realidad a la que se enfrentan como habitantes de uno de los territorios más olvidados de la geografía colombiana: la península de la Guajira. En aras de este objetivo se crea una urdimbre de conocimientos, que constituyen una atalaya, desde la cual el lector puede avizorar y comprender ese piélago complejo que conforma la vida de esta comunidad del desierto. En este libro, en el que participan cinco autores del ámbito académico y nueve sabedores wayuu, convergen visiones y experiencias distintos, acunados en diferentes contextos, pero, en lo esencial, dialogantes y complementarios: rizoma en el que se entrecruzan palabra, memoria, naturaleza, comunidad, conocimiento ancestral, territorio, resistencia, mujer y sacralidad.

9 789587 251999